

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N.º 33.—Setiembre 13 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO

TEXTO. — Crónica de Paris, por JULIO LECOMTE. — Viaje de
 Sus Magestades el emperador y la emperatriz, por MÁXIMO VAU-
 VERT. — Paris desconocido ó los tapetes verdes, por EDUARDO

GOURDON. — Correo de allende la Mancha, por WILLIE PICKWICK.
 — Crónica de Tribunales, por EL CIRINEO. — Las mujeres beodas,
 por LÉO DE BERNARD. — Wa-Hina, por EDUARDO AUGER. — Cor-
 respondencia de Beyruth, por E. LOCKROY.

GRABADOS. — Paso de Sus Magestades, por La Roche. — Napo-

leon III. — Fiesta veneciana dada á Sus Magestades en el lago de
 Annecy. — Viaje de Annecy á Chamuni: Escursion al mar de
 Hielo. — Voluntarios y carabineros genoveses. — Ataque del buque
 napolitano el Monarca por el Tuckery. — Mujeres beodas. — Desem-
 barco de las primeras tropas francesas en Beyruth.



Paso de Sus Magestades por La Roche, entre Annecy y Thonon. (Conforme á un croquis de M. Moullin.)

CRONICA DE PARIS.

CARTAS DE AMOR.

Conclusion.

Fuimos en seguida á casa de su primo, á quien no causó menos sorpresa nuestro singular y rico hallazgo. Tras una larga conferencia quedamos de acuerdo en los pasos que se debían dar. El ingeniero tenía que ir á Londres muy pronto á su viaje mensual, y persuadidos los tres de que el verdadero dueño del tesoro no era quien le habia abandonado en un cajon de la hostalería con varios otros objetos de poco valor relativo, era indispensable dar con la persona á quien se le habian robado.

De allí á pocos dias apareció á la vez en el *Times*, en el *Morning-Post* y en el *Punch* el anuncio siguiente:

CARTAS DE AMOR. « Quien haya perdido un paquete con dicho epígrafe, puede dirigirse á M. Tiptleton, Hanover-Square, 14; se requiere una designacion estricta y circunstanciada, para la entrega del paquete por las personas en cuyas manos le ha puesto la casualidad. »

Al cabo de cuatro dias, se presentó un joven al citado M. Tiptleton reclamándole el paquete. M. Tiptleton le dijo que volviese por la noche. Prevenido mi primo, asistió á la cita y vió llegar á un francés, como de treinta años, de regular aspecto y buenos modales, con el cual entabló el siguiente diálogo:

ALBERTO: Es usted, caballero, quien ha perdido un paquete con este rótulo en francés y en inglés: CARTAS DE AMOR?

EL DESCONOCIDO, con emocion: Sí, señor... pero no hay semejantes cartas de amor... ni aun cartas siquiera... Han abierto el paquete?

ALBERTO: Permítame usted, amigo mio, que continúe en mi papel de inquisidor y dígame cómo salió el paquete de sus manos.

EL DESCONOCIDO: Con mucho gusto, caballero. Mas se necesita antes un corto preámbulo...

ALBERTO: Vaya pues el preámbulo.

EL DESCONOCIDO: Ha de saber usted, señor mio, que soy célibe y que me atormenta una horrible comezon de dejar de serlo!

ALBERTO: El caso contrario es mas frecuente en este pícaro mundo: pero... de gustos nada hay escrito! Adelante.

EL DESCONOCIDO: Tres años hace que conocí en los baños de Biarritz á una encantadora inglesa! Figúrese usted, caballero, — continuó el joven animándose por grados, — un ángel de diez y ocho años, con unos ojos... y una boca... y...

ALBERTO, cortándole el uso de la palabra: ¿Son indispensables las señas de la niña para probar los derechos de usted al paquete? Las cartas que en él habia, son de... ese?...

EL DESCONOCIDO: Pero señor, si ya he dicho que no hay tales cartas, que...

ALBERTO: Entonces, procedamos por orden cronológico. Usted estaba en los baños de mar.

EL DESCONOCIDO: Allí hice conocimiento con...

ALBERTO: Ya, con ese ángel...

EL DESCONOCIDO: Oh! sí, un ángel, un querubín, caballero. Si usted la conociese! Tiene una cinturita...

ALBERTO: Hablemos del paquete, si á usted le place.

EL DESCONOCIDO: Pues á eso voy...

ALBERTO: Por caminos de travesía, propios de enamorados.

EL DESCONOCIDO: Pedí su mano á sus padres, estos me la negaron...

ALBERTO: Y ella?

EL DESCONOCIDO: Ella queria dármele. Pero sus padres, al saber que yo no era sino un simple empleado en casa de un rico comerciante de Burdeos, dijeron que yo era demasiado joven..... es decir, demasiado pobre. Pero me permite usted cerciorarme de que está en sus manos mi paquete? Sí, es verdad... le tiene usted, y quizás en el bolsillo!...

ALBERTO: Tranquílcese usted, si es suyo se le devolverá al momento.

EL DESCONOCIDO: Por favor, dígame usted ¿qué acaso providencial le trajo á su poder? Es que si usted supiese, caballero!... ese paquete es mi amor, mi felicidad, el corazon y la mano de mi arcángel! Enséñemele usted y despues estaré menos impaciente para continuar la historia!

ALBERTO: Amigo mio, yo le doy mi palabra de que le tengo... aquí... (indicando el bolsillo) por consiguiente puede continuar la narracion: usted me interesa mucho...

EL DESCONOCIDO: Pues bien, en vista de que era absolutamente preciso comprar con dinero la deliciosa niña, ó lo que es lo mismo, mi suprema felicidad, me presenté al comerciante, mi principal, le manifesté la situacion en que me encontraba, suplicándole que me facilitase un medio, ú de morir, ó de ganar mil libras esterlinas, precio minimum que habian puesto los Papás á la mano de su hija. El negociante me preguntó si me sentia con ánimos de marchar á la Australia: yo respondí entusiasmado que por mil libras esterlinas iría al Japon, á Mesopotamia, á los montes de la Luna! Sensible á tanto amor, conociendo mi probidad, seguro de mi celo, el buen comerciante me confió la gestion de cierto negocio en Melbourne. Por lo tanto, marché... y quince meses despues estaba de vuelta, terminada felizmente mi comision y con una suma algo mas decente que la exigida para encender las antorchas de mi himeneo. Una carta de...

ALBERTO: Del ángel, no es verdad?

EL DESCONOCIDO: Ciertamente: me aguardaba en Burdeos. La niña tenía fé en mis esfuerzos, esperaba! Liquidadas mis cuentas, salgo para Londres con una letra sobre un banquero de la City. Hospédome en una triste fonda d'Oxford-street y vuelo á realizar mi crédito. Recibo aquel mismo dia una carta de Sally en que me dice que la espere en Londres, en donde me verán ella y su madre, y veo que es preciso resignarse; pero entre tanto ¿dónde ocultar mi dinero, ó mejor dicho, mis billetes del Banco de Inglaterra, alojado como estaba en una especie de taberna?

ALBERTO: Diga usted mas bien caverna!

EL DESCONOCIDO: A quién se lo dice usted! De guardar mis billetes en los armarios, temia las garras: De llevarlos conmigo, me asustaban las sorpresas, los accidentes. Al registrarme, al cebo de algunos chelines, un *pick-pocket* podia robarme mi tesoro, mi ángel, mi felicidad! En medio de estos temores, recordé un cuento de Edgar Poë, y de que el mejor medio para ocultar cualquiera cosa, consiste con frecuencia en dejarla á la vista de todos, y resolví envolver mis caras *bank-notes* en un papel de estraza cubierto con otro mas ordinario todavía, de modo que disimulase por su tosca apariencia el contenido, sellando el todo groseramente al exterior, pero en realidad con entera solidez, escribiendo encima en las dos lenguas:

Cartas de amor...

y seguro de no escitar la codicia de ningun Caco, puse el paquete dentro de una sombrerera, de suerte que pudiese contemplarle á cada instante... y sin el menor peligro. Trascurrieron así dos dias: al tercero, Sally me escribió, que llegaba con su madre por la noche: Salí á su encuentro al ferro-carril de *London-Bridge* y nos volvimos á ver con un indecible júbilo, comprimido cerca de dos años por la impaciencia del amor. Comimos en Greenwich: por la noche las acompañé á casa de una amiga suya que las hospedó junto á Portland-Place, y á media noche volví, ébrio de amor y de esperanza, á mi *lodging-house* d'Oxford-Street. Al entrar, mi vista se dirigió á la cómoda sobre la cual dejé mi sombrerera... y ¡oh dolor! no encontré...

Tranquílizeme un instante, pensando que la habrian cambiado de sitio al hacer mi cuarto. — Busco aquí, busco acullá... nada!

A qué pintar mi asombro, mi angustia, mi desesperacion!... usted la comprenderá muy bien! El último rayo de esperanza me hizo registrar y revolverlo todo de arriba abajo: entonces noté tambien que una linda plegadera, destinada á mi ángel, una pistola de bolsillo, casi un juguete, y mi capote de *caoutchouc* comprado la víspera, habian desaparecido igualmente.

Me habian robado!

Un miserable, creyendo llevarse una sombrerera, me robaba mis treinta mil francos!

Mi dolor fué tal por un momento, que pensé volverme loco! Mi cabeza se ardia, mi corazon estallaba, mi sangre bullia... y rodé al suelo sin sentido. Así permanecí una hora entera, hasta que al fin recobré mi razon y con ella el dogal de mi felicidad.

ALBERTO: Pero no dió usted algunos pasos en averiguacion del hecho?

EL DESCONOCIDO: Sí, en verdad! Tiré de la campanilla, llamé, dí voces... hasta que llegó el amo del *boarding-house* ¿mas cómo podia obligarle á que me devolviese lo que él no me habia robado quizá? No creyendo yo prudente confesarle la importancia del paquete, se me figuró notar en él cierta compasion y hasta desprecio por un Francés que metia tanto ruido por unas cosas que no valian una libra. ¿Qué mas diré á usted, señor mio? Al dia siguiente conté mi desgracia á Sally, que la escuchó temblando: su madre sonrió con cierto aire de incredulidad y de desden, y cuando me separé de ellas para hacer mi declaracion á la policía, salieron de *Portland-Place*, y tal vez de Londres, de modo que por la noche me encontré triste, solo, abandonado, y pobre como Job!

Me volví á Paris y conté mi desventura al comerciante que tan generosamente me habia socorrido: le rogué que me volviese á enviar á la Australia, á Californias, al fin del mundo, pero no tenia ninguna comision que confiarme. En fin, señor mio, hace tres meses que era el mas infeliz, el mas enamorado, el mas pobre de los mortales... cuando antes de anoche recibí una carta de mi querida Sally. Oh dicha! oh sorpresa! oh delirio celestial! Mi ángel salvador me decia que habia leído en el *Times* el anuncio inserto por el hombre honrado que halló y posee mi tesoro! Ella lo habia comprendido ú adivinado todo y me escribia de prisa y llena de gozo, que volase á Londres. Aquí estoy: bien vé usted caballero, que el paquete es mio! no encierra cartas de amor, sino toda mi fortuna! usted la tiene, no es cierto? Dígamelo usted pronto... por piedad, enséñemele usted.

Por último, persuadido de que estaba delante de mí el verdadero propietario de la suma tan estrañamente perdida y hallada, Alberto sacó de su bolsillo el famoso paquete y se le entregó al joven enajenado de júbilo. Abrióle éste tembloroso y contempló las *bank-notes*

con la misma pasión y ternura con que podían rebosar sus ojos ante la encantadora imagen de su idolatrado querubín. Verdad es que esta fortuna, tan milagrosamente encontrada, simbolizaba para él la posesión de su deidad, puesto que unos padres bárbaros le habían negado la blanca mano de Sally al verle otra vez en su pristina pobreza.

« Cuento usted! — dijo Alberto.

» Para qué, caballero? — exclamó el amarcelado joven con un delicado gesto de reconvencción. Y después de haber dado rienda suelta á su contento, preguntó que por qué medio milagroso había ido á parar el tesoro á las honradas manos del ingeniero.

Alberto le refirió entonces la historia conocida de mis lectores.

Merced á estas mutuas esplicaciones, quedó probado hasta la evidencia que el infeliz amante había sido víctima de esos rateros, que tanto pululan en Londres y que explotan las posadas con auxilio de ganzúas. Espían el momento en que salen los viajeros y aprovechan la coyuntura para sus fechorías. Cuando la cosecha no es rica, á falta de dinero, de alhajas ó prendas preciosas, echan mano de lo que encuentran, como sucedió en el caso presente con la misteriosa sombrerera que habían trasportado á Leicester-Square. Pero forzoso es suponer que, sorprendidos allí por algun riesgo inminente, tuvieron que huir de su madriguera, abandonando armas y bagajes. Se comprende con esta alarma el desprecio del insignificante lio de cartas encontrado por mi primo.

Tal es la historia del hallazgo y de los sucesos hijos de las combinaciones mas singulares de la casualidad, esa sabia directora de escena de los dramas humanos.

De vuelta á Paris, el ingeniero nos contó ayer la segunda parte de esta historia, y nosotros á nuestra vez la referimos *urbi et orbi*. El enamorado perdigon se llama Pablo Garcin y estaba empleado en la casa de comercio de M. C..., rico armador de Burdeos. A la fecha en que escribimos debe encontrarse en Brighton y en vísperas de unirse á su ángel.

~~~~~ La semana pasada falleció en Paris un anciano inglés, rico hasta el escándalo, y á pesar de esta circunstancia, olvidado de su generación, en términos que lord Pembroke, á quien noticiaron esta muerte en Homburgo, respondió:

— ¿Pues qué? sir Williams F... vivía todavía? Hace veinte años que no se oye hablar de él!

El hecho es que el opulentísimo británico llevaba desde muchos años una vida particular, y sólo su sobrino, miembro distinguido del parlamento, podía saber los motivos que tanto le hacían esperar la inmensa herencia garantida... por las dolencias de sir Williams; mas la garantía podía ser por largo tiempo. Después de haber disfrutado durante cuarenta años de una existencia colmada de goces, de fausto y brillo, sir Williams F... se había visto precisado á cortar el vuelo á la molición y al regalo, merced á una pícará gota que en sus accesos lentos en un principio, y después con gran recrudescencia, le convirtieron en verdadero mártir. Ocupó diez años, sin poder salir de casa, el entresuelo de la calle de la Paz, que forma ángulo recto con la plaza de Vendôme, en dirección á las Tullerías, y sabiendo un día que el duque de Allamano, diplomático español ó portugués, dejaba el primer piso, mandó llamar al dueño de la finca para manifestarle su deseo de alquilar aquellas grandes y espléndidas habitaciones:

« — Vuestra Señoría quiere cambiar de piso? — dijo el representante del dueño de la casa.

» — No, pero quiero también las habitaciones que están sobre las mias.

» — Valen treinta mil francos al año.

» — Muy bien, me quedo con ellas! »

Estendida la escritura de arriendo, sir Williams mandó cerrar las puertas y ventanas del piso principal y guardó las llaves en una cómoda.

« — Así estoy seguro, — dijo — de que ni bailarán, ni tocarán el piano sobre mi cabeza! »

Este ente original, al verse obligado á renunciar á la vida activa del mundo, no hizo reforma ninguna en su casa. Aunque la gota le tenía clavado, hacia muchos años, al inextinguible potro de un sillón, siguió conservando su media docena de corceles y sus cinco carruajes. Poníanse éstos para pasear á aquellos, y todo el mundo ha debido ver cien veces sus coches de color de aceituna con persianas de caoba, cerrados como si siguiesen el cortejo fúnebre en el entierro de algun señor que cambiara de vehículo...

El miembro del Parlamento, el heredero de sir Williams, ha llegado á Paris para tomar posesión de las ochocientas mil libras de renta que le corresponden, merced al acceso de gota, que subiéndose al estómago del paciente, le llevara á mejor vida. Solamente se venderán sus vinos, porque todos los muebles de su rico alojamiento pasan á Inglaterra. El sobrino, al hacer el inventario general, encontró con asombro en una pieza retirada, el vestuario completo de varias óperas cómicas, esto es, trajes de pastoras, de molineras, de aldeanas, de pescadoras, y cien otros mas ó menos característicos. Dicese que nuestro británico, no pudiendo trasladarse al teatro á estudiar las perspectivas de las flotantes faldas, había creado en su domicilio un teatro coreográfico para divertir las monótonas horas del invierno. De cuando en cuando se regalaba el oído con algun concierto y reunión en sus salones, á los cuales transportaban su sillón, célebres *virtuosas* á quienes pagaba como un rey, si no mejor. Sólo cinco ó seis personas participaban de estas golosinas musicales y coreográficas; pero jamás ningun inglés, contra quienes tenía este maniático señor la mismísima antipatía que dió márgen á la vida errante y quizás á la muerte de lord Byron.

Estos vinos se sacarán á remate el mes de noviembre y se esperan soberbias posturas porque, escrupulosamente elejidos hace veinte ó treinta años, el mal que tal vez de ellos nacia obligó á sir Williams á no tocarlos. El pobre debió verse en la triste alternativa de dejarlos envejecer para envejecer él mismo; porque el día que trataba de gustarlos era el del acceso de gota, la víspera de la muerte.

Cítase una particularidad curiosa sobre esta bodega, cuyas puertas deben estar decoradas de abundantes telarañas... si la servidumbre del gotoso le ha sido fiel. Por lo visto, el año de 1835 un bergantin español que subía el Sena para ir á Rouen, se fué á pique en la costa de Honfleur. Estaba asegurado, y pagaron los aseguradores, salvando lo que pudieron y abandonando el casco que muy pronto quedó sepultado en la arena. Mas hace quince años, en la época del equinoccio, por un sacudimiento de bancos de arena en la desembocadura del río, quedó descubierta una parte del casco perdido. Merced á los adelantos de trabajos submarinos, y particularmente del buzo, se logró penetrar en la bodega y extraer algunas mercancías, entre otras, nueve barriles de vino de Oporto. Los quince años pasados bajo el agua, daban á este vino cualidades excelentes, y sir Williams lo compró todo. Quedan aun 78 botellas... que sin duda se disputarán en el remate como elixir de larga vida. Sabido es que para ciertos temperamentos, un bizcocho mojado en vino añejo de Oporto, y tomado al acostarse, es una prima que se paga al seguro de longevidad. Desgraciadamente, sir Williams, poseedor del pre-

cioso vino, lo era también de la maldita gota que le prohibía el tocar á ningun licor, de suerte que deja el elixir de larga vida á su heredero...

El cual le saca á subasta pública!

Será tal vez algun escéptico, aunque pocos ingleses lo son tratándose de vino de Oporto!

~~~~~ La conducta de Abd-el-Kader en Damasco en medio de las escenas de horrible carnicería (que sin duda hubieran podido evitarse, si Vely-Bajá, — nombrado comisario extraordinario en Siria por el gran Visir Kebrisi-Bajá al partir para la Romelia, — no hubiese sido entretenido con toda clase de ardidés criminales por los enemigos del Visir y del comisario) la noble conducta, repetimos, del ex-Emir ha sido objeto de admiración en toda Europa, y la Francia le ha reconocido y premiado, ciñendo el blanco albornoz del ilustre guerrero con el gran cordon de su orden.

A esta muestra oficial de la imperial estima va á agregarse un homenaje privado, cuya idea emana del centro mas noble del *faubourg* Saint-Germain. Cierta número de damas principales, de las que constituyen autoridad entre la aristocracia parisiense, ha formado un *comité* secreto para proceder á una cuestación cuyo producto se destina á comprar un magnífico sable y regalárselo á Abd-el-Kader. Se ha pedido ya el arma á Froment-Meurice, y dicese que una diputación de las señoras mas distinguidas irá, — aunque con su correspondiente cortejo de esposos y de hermanos, — á ofrecer al Emir salvador de millares de cristianos de Oriente, el don de los cristianos de Francia. Esta noble iniciativa y la interesante novedad que no aventuramos, merecen que se pongan en conocimiento del público.

~~~~~ Dias atras, al inventariar los libros comprados en cierta testamentaria, el librero Francia, del muelle de Voltaire, encontró tres billetes de banco, de mil francos, en un volumen in-cuarto del *Arte de verificar las fechas*, de los Benedictinos de San Mauro. El hecho nos ha sido contado por los herederos á quienes el honrado librero devolvió la citada suma, los cuales querían que M. Francia participase de un hallazgo, con el cual nunca contaban.

Un caso análogo sucedió en otro tiempo á M<sup>lle</sup> Mars. El marqués Chalabre, opulento bibliófilo, había legado sus libros á la ilustre cómica como prueba de gratitud de dulces memorias. Entre aquellos se encontraba un ejemplar verdaderamente famoso de la *Biblia de Vence*, adornado con veinticinco estampas... guarnecidas de sus correspondientes hojas de papel de seda para preservar los grabados de las manchas del texto; mas en estos papeles de seda, el banco de Francia había tenido el capricho de estampar todos los signos característicos de sus billetes de mil francos al portador. Dicese que M<sup>lle</sup> Mars, que sin duda no leía mucho la Biblia, ignoraba el contenido de una edición tan *considerablemente aumentada*, y que el librero Brunet, encargado de tasar los libros, fué quien descubrió el tesoro.

« — Hay que hacer también la tasación del papel de seda? — preguntó Brunet á M<sup>lle</sup> Mars. Esta, con gran sorpresa y satisfacción, respondió negativamente. Había ocultado allí sus billetes el marqués de Chalabre? ó era mas bien una merced póstuma que quiso dispensar á su dulce amiga? Ignoramos la opinión de *Celimena* sobre este punto delicado. »

JULES LECOMTE

(Trad. A. L. de B.)

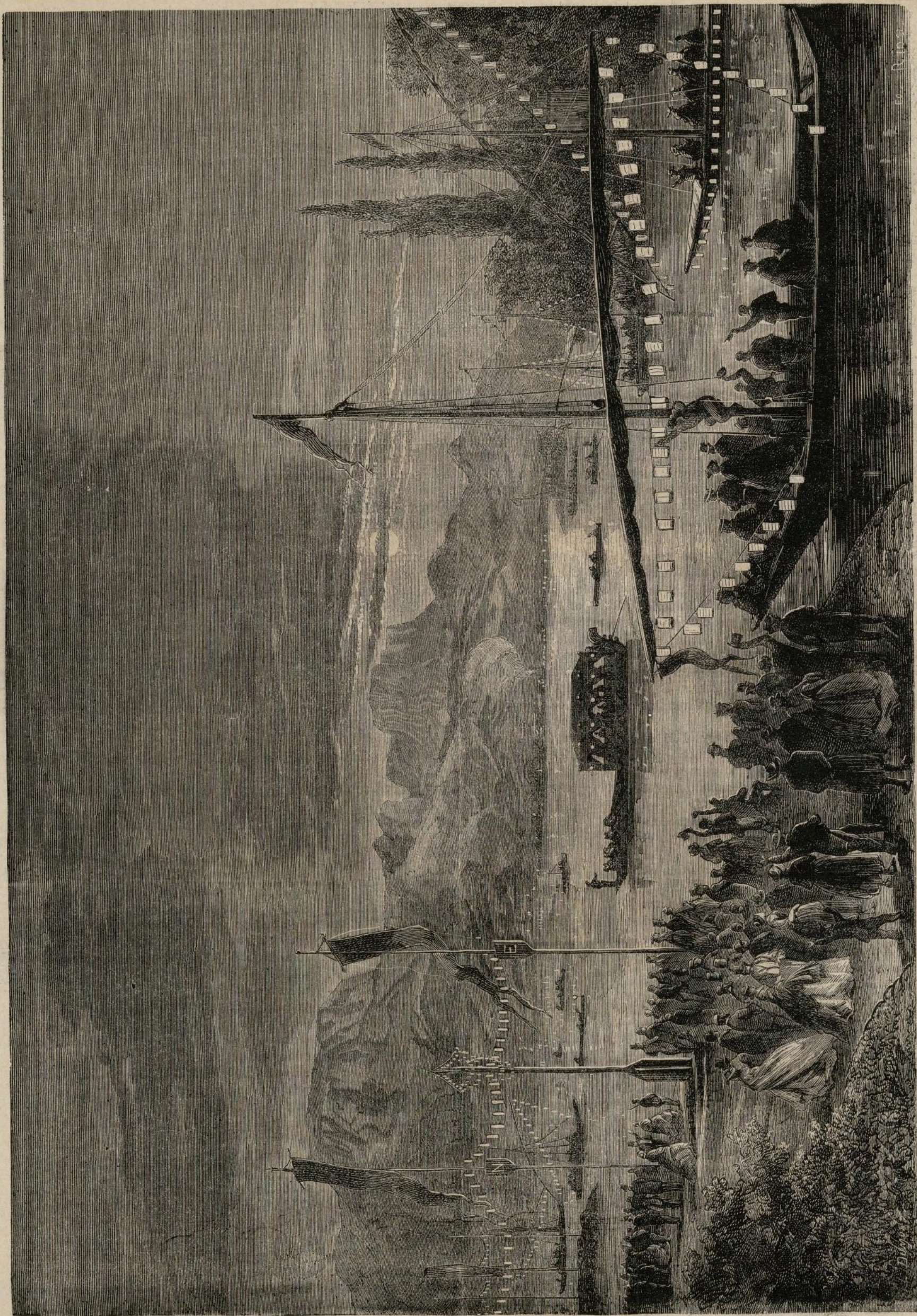




NAPOLEON III.

Ayuntamiento de Madrid





Fiesta veneciana dada á Sus Magestades en el lago de Annecy. (Cróquis de M. Moulin.)



# VIAJE DE SUS MAJESTADES EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ.

El emperador y la emperatriz llegaron, según hemos dicho ya, el lunes 27 de agosto, á Chambery, en donde, después de la presentación de las llaves de la ciudad, por el alcalde, M. d'Alexandry, Sus Majestades se dirigieron á la catedral, pasando al lado de la fuente de los Elefantes, monumento de aspecto extraño y grandioso á la vez.

De la catedral, cuyas pinturas al fresco preparan al gusto de la decoración de las iglesias italianas. Sus Majestades se dirigieron al Palacio Viejo, á donde se había fijado su residencia.

Después de algunas visitas á los cuarteles, á las salas de asilo, al asilo de los niños pobres y á la casa de orfandad, Sus Majestades partieron de Chambery el miércoles, visitando de paso el establecimiento termal de Aix-les-Bains y llegaron á las cuatro á Annecy.

La ciudad de Annecy dió una fiesta veneciana á Sus Majestades en el lago, por la noche.

Una elegante góndola, conducida por diez y seis vigorosos remeros, y en la cual había sido dispuesto un toldo ricamente adornado é iluminado, recibió á Sus Majestades y su séquito. La emperatriz, para resguardarse de la humedad, bastante sensible por lo nublado del tiempo y las aguas del lago, se cubría con un manto encarnado á la griega, cuyo brillo resaltaba vivamente bajo el centelleo del inmenso circuito de luces que rodeaba el canal y las inmediaciones del lago. Las músicas militar, municipal y las de los hombres, mezclaban sus acordes con el estampido del cañón que repercutía el eco de los valles.

En el momento en que la góndola imperial obedeció al impulso de los remeros, inmensos fuegos de regocijo brillaron al rededor de la parte norte del lago, en los flancos y las cimas de las vecinas montañas. En el terrado del castillo y las dos orillas del lago, numerosos fuegos de Bengala iluminaron el horizonte y pusieron las aguas, por decirlo así, luminosas.

Sus Majestades salieron de Annecy el 31 de agosto, y, para dirigirse á Thonon, atravesaron el pueblo de La Roche, construido al pié de la colina de San Sixto, dominada por una torre del siglo décimo séptimo.

Al día siguiente de su llegada á Thonon, antigua capital de la provincia del Chablais, el emperador y la emperatriz subieron á bordo del *Simplon* para dar un paseo de dos horas en el lago de Ginebra.

De Thonon, Sus Majestades partieron para Sallanches, á donde había acudido una multitud de campesinos, á pesar de una fuerte lluvia, para saludar con sus entusiastas aclamaciones á sus augustos visitantes.

Al día siguiente, Sus Majestades se dirigieron á Chamuni, tan célebre por su curioso valle. A las cinco de la mañana, el 3, el emperador y la emperatriz se pusieron en camino para hacer una excursión al *mar de hielo*, atravesando la hermosa selva de abedules, de pinos y de cedros, desde donde se descubren las Agujas Rojas y el Brevent. Después de una hora de marcha se apercibe la *Nevera de los Bosques* ó el *Mar de Hielo*. Esta nevera, cuyo aspecto es tan imponente, se divide en dos partes, una de las cuales, elevándose al este, toma el nombre de nevera de *Léchaud*, y la otra pasa al sud-oeste, detrás de las Agujas de Chamuni, y se llama el *Gigante*. En el fondo descuellan las *Pequeñas Jorasses*, las *Grandes Jorasses* y la *Aguja del Gigante* á la derecha.

« La superficie de la nevera, dice de Saussure, se parece á la de un mar que se habría helado repentinamente al momento de calmarse el vien-

to, y en el que, las olas, aunque muy elevadas, se han embotado y arredondeado. Estas grandes ondas son casi paralelas á la latitud de la nevera y cortadas por gargantas transversales. Es preciso recorrer la nevera para apercibir sus bellos accidentes, sus anchas y profundas gargantas, sus grandes cavernas, sus lagos llenos de agua cristalina, sus riachuelos de agua viva y clara que corren en canales de hielo y van á precipitarse y formar cascadas en abismos de hielo. »

Para ir del Mar de Hielo á la roca del *Sombrero*, es necesario atravesar por una vereda muy estrecha, tajada en la roca, casi vertical, y que se llama el *mal paso*.

Para dominar el delicioso valle de Chamuni, y admirar un maravilloso espectáculo, el viajero debe subir á las *Grandes mulas*, rocas aisladas, de doscientos codos de altura, y que forman la estación nocturna necesaria para los turistas intrépidos que arrostran las fatigas de una ascension al Monte-Blanco.

Desde las *Grandes mulas*, la vista abraza todo al valle de Chamuni, el lago de Ginebra, la cadena del Jura, el valle de Sallanches y la inmensa aguja del Altar. Estos grandiosos panoramas conmueven el corazón, y no dudamos que los augustos viajeros que, el 2 de setiembre, han querido explorar estos deliciosos sitios, hayan tenido la mayor admiración á la vista de semejantes magnificencias de la naturaleza.

Después de su excursión al mar de hielo, el emperador y la emperatriz partieron á mediodía para Bonneville.

El desborde de Arve, sobre el camino de Ginebra á Chamuni, por Scionzier, ha obligado á Sus Magestades á tomar la orilla derecha del Rue, por Marignier. Al pasar por Cluses, Sus Magestades se detuvieron en la Escuela de relojería, visitándola en sus mayores detalles, manifestando de este modo el interés industrial que tienen por la prosperidad de este establecimiento.

La recepción de Sus Magestades en Bonneville ha dado ocasión, como en todas las estaciones del viaje imperial, á que los pueblos saboyanos manifiesten su entusiasmo y su gratitud al soberano que les ha hecho admitir en la gran familia francesa.

MÁXIMO VAUVERT.

(J. R.)

## PARIS DESCONOCIDO.

### LOS TAPETES VERDES.

(Continuación.)

Un día se me presentó en casa el hijo de uno de mis amigos de provincia. Era un joven inteligente, honrado cual ninguno, pero ingenuo y ávido de goces como lo son todos á veinte años. Me confesó que frecuentaba las casas de juego, — y como al efecto aventurase yo algunos consejos bajo la forma de observaciones generales, me dijo: Ya he leído en los periódicos las historias de escenas deplorables de estos sitios, mas téngolas por exageradas ya que no por falsas de todo punto. No pretendo asegurar que la sociedad que se reúne en esas casas sea la mas escogida; no, pero no la conceptúo ni tan nociva, ni tan viciosa como se asegura. ¿Qué sociedad cree usted que encontré en la casa en que estuve ayer, por ejemplo, y en donde jugamos al *lansquenet* después de la comida? Un rico banquero alemán, dos dramaturgos de primera línea, un negociante muy conocido, varios bolsistas, un periodista de gran talento, un capitán de ingenieros, un hijo de familia como yo, un coronel retirado que imponía militarmente la disciplina entre nosotros, un profesor, un hombre de ciencias, un industrial acostumbrado á lanzarse en las grandes em-

presas, un director de teatro, un dentista, un fuerte comerciante de jéneros ultramarinos y varios empleados. También había otros dos ó tres hombres, jóvenes ó ancianos, cuya profesión ignoro, pero bien educados, muy finos y que jugaban con nobleza: téngolos por personas de buena sociedad y no creo me sonroje el encontrarme en su compañía. En cuanto á las señoras, — que también las había, — las abandono al rigor del criterio de usted, porque todas, salvo una ó dos bastante lindas, eran viejas, desdentadas y feas. Tenían el aspecto de esas porcelanas de China que han hecho largos viajes y perdido con los golpes, ésta un asa, aquella un pié. Sin embargo, todas se conducían con decencia ocupadas sólo en dominar y esplotar la suerte, lo cual no siempre salía á medida de sus deseos. Si usted me pregunta porqué voy con gusto á estos lugares condenados por su rigorismo, le responderé francamente que es porque hallo un placer especial en obrar de distinta manera que todos. El tapete verde oculto, perseguido, amenazado y aun castigado mas de una vez, ofrece todos los alicientes del fruto prohibido. Ese es su gran misterio y un misterio que seduce. Entre los asíduos á las casas en donde se juega clandestinamente, hay una especie de franc-masonería que mas que comprendo adivino. Transpira al través de las precauciones que se toman y del porte de cada uno: á veces he sorprendido, durante la partida, entre tal y cual jugador, ciertas miradas de inteligencia que tenían á no dudarlo una oculta significación. Si hoy necesitan reunirse en otro local distinto del de ayer, un aviso lo anuncia en casa de cada uno, y este aviso lleva al pié la firma de un nombre querido. Todo es novedad! Ayer se jugó en casa de una señora cuyos salones son magníficos, mas sospechando un riesgo inminente, dicha señora tendrá á disposición de los jugadores un cuarto mezquino de una hospedería. Para subir, se necesita santo y seña que ni el portero mismo comprende. Reúnese misteriosamente la compañía, se ahogan las risas por temor de los vecinos, y mientras se habla en voz baja, el sacramental tapete verde se extiende sobre la mesa del comedor y las inmaculadas cartas aparecen con su sellada cubierta. El momento de colocarse en torno de la mesa es delicioso: va á gustarse el fruto prohibido, cada cual se prepara, el apetito se asoma á los ojos, y se abren todos los labios, ya que no todas las bolsas. La mesa aparece al punto sembrada de luminosas estrellas que deslumbran la vista, prestando luz á la única lámpara, resguardada con un papel verde, suspendida en medio del tapete. Toda la esfera celeste se ve allí: grandes y pequeñas constelaciones, cometas, estrellas fijas, estrellas fugitivas, sobre todo. El oro circula, va, viene, se amontona, se dispersa. Los billetes de banco, grupos nebulosos de varias estrellas, concluyen sus revoluciones nocturnas que atraen todas las miradas y hacen palpar todos los corazones. A veces cruza como una nube en el firmamento y el oro desaparece, mas á un golpe inesperado que destruye las combinaciones de los mas ricos jugadores, vuelven á abrirse las bolsas y la vía láctea vuelve también á brillar en todo su esplendor. Para mí, lo que aumenta las delicias de estas emociones, es el secreto que las rodea. Los transeuntes cruzan por la puerta de la casa en que me encuentro, sin saber lo que en ella pasa. Mis goces no tienen cartel: tan pronto están aquí como allí, no se los puede cojer al vuelo. Cualquier provincial venido á París por la mañana, puede por la noche presentarse en la Opera, en los Italianos, en un baile público, pero verá lo que todo el mundo vé. Yo disfruto de la fase misteriosa de las cosas, de lo que no vé sino el menor número de jentes, el *Paris desconocido*. Cuántas historias



tendré que contar á mis amigos del país natal, y con qué atención las escucharán sorprendidos!

« Sin duda, añadió el joven, que se había interrumpido un momento observando en la expresión de mi semblante que estaba muy lejos de ver las cosas como él, sin duda que á veces hay que hacer ciertos sacrificios de amor propio y acaso de decoro á esta sociedad, por no singularizarse y para vivir en buena armonía con todos, desde la señora de la casa hasta el mas oscuro de los convidados. Esas personas que no se ven mas que allí y que familiarizan entre sí al instante, esas mujeres que nos tutean á la segunda vez que estamos con ellas, y por último, todos estos hábitos de escasa franqueza, chocan y molestan algo, pero pronto se acostumbra uno. Además, estos contrastes, este abandono poco comun, esas excentricidades tienen un encanto que seduce. Figúrese usted á los que frecuentan semejantes reuniones reservados y finos como en la buena sociedad, y tendrá usted un cuadro sin originalidad, chocante con el fondo de la escena. Una vez fui á jugar á un sitio que era lo ideal en su género. La casa estaba en un pasaje que buscara usted inútilmente con el plano de París, un callejón angosto y lleno de lodo, por lo estilo de la calle Soly que hizo célebre Balzac. Subíase á tientas por una escalera desmantelada, vieja é insegura, y apoyándose en un pasamanos goteante de humedad. Al llegar al quinto piso, se entraba en una pieza espaciosa, del mas miserable aspecto, sin empapelar, sin cortinas, sin muebles. Una mujer de cincuenta años, que debió ser bella en sus buenos tiempos, pero convertida hoy en momia, pintada, sin dientes, de aspecto clínico, acercaba la vela al semblante del recién llegado y soltaba una estúpida carcajada al reconocerle. Entrábase despues á una segunda pieza, dando traspieses y tropezando con una docena de gatos gruñidores que se disputaban los restos de la comida esparcidos por el suelo. Pero qué comida! no diré de qué se componía, porque se dirá que invento cosas imposibles. La atmósfera de esta segunda pieza, impregnada de olor y nubes densas de tabaco, ahogaba la respiración y era preciso dejar transcurrir unos minutos antes de poder reconocer el sitio y las personas que en él estaban reunidas. Y sin embargo, había allí, no sólo hombres como los que se encuentran en todas partes, vestidos con elegancia, como usted y como yo, sino mujeres lindas y ricamente engalanadas: había allí encajes, pañuelos bordados y verdaderos brillantes. Quince ó veinte sillas á disposición de todos estaban puestas al rededor de una gran mesa, sobre la cual se veían un canastillo y una lámpara. Muchos de los concurrentes habían venido allí de lejos y gozaban con la libertad y franqueza de aquel sitio, saboreándolas como un prisionero que sale repentinamente del calabozo respira el aire y la luz del sol. Tal es el espectáculo que presentan estas reuniones. Hoy aquí, mañana allá, se disfrutaban ciertos goces desconocidos de la multitud, y esto, lo repito, constituye su verdadero aliciente. Si, como contraste y variedad de la escena, deseo el mismo cuadro con un horizonte mas brillante, conseguiré mi intento fácilmente mañana mismo, esta noche, que no falta donde escoger. Se juega en casa de la condesa de Chamberlin: título de contrabando á todas luces; ¿mas qué importa á mi objeto? Tiene espléndidos salones en el barrio mas opulento de París: cuatro caballos en su carruaje, y criados con las mas elegantes libreas. Un suave tapiz cubre la escalera por donde se penetra á su lujosa estancia: su antecala está cubierta de flores, sus salas brillantes de luz y de oro, su dormitorio, su tocador, atestados de objetos preciosos. Por todas partes se ven obras artísticas de gran mérito: cuadros de los mejores maestros, bronce de Florencia, esmalte

de Limoges, marfiles del siglo XIII, loza de Bernardo Palissy, armas incrustadas de pedrería: aquello es un museo, un templo de las artes que deslumbra la vista. Los espejos tienen la dimensión de las piezas, las colgaduras de tupida seda apagan el menor ruido, las flores de las alfombras parece que nacen bajo los pies, suaves perfumes de ámbar y de violeta embalsaman el ambiente: nada falta de cuanto requiere el lujo, la comodidad y el confort: cuando uno está tendido sobre un sofá, arrellanado en un sillón, ó de pie al lado de una chimenea, se comprenden las dulzuras y las delicias de la existencia. Antes menté el tocador de la condesa ¿No es ya un raro privilegio el poder penetrar en este santuario de la hermosura? ¿Cuántos hombres ilustres y conocidos no se han sentado allí, en aquel sillón, pagando esta dicha á precio de toda su fortuna? Aquel reservado recinto encierra mil dramas con que enriquecer todos los teatros, mil comedias que sobrepujan la inventiva del novelista mas ingenioso. Que responda la camarera, la traviesa y coquetilla camarera, que va y viene y salta como un pajarillo en su jaula dorada, tan bien construida para los amantes: que respondan esos objetos preciosos que tanto seducen la vista, catálogo de recuerdos que aumentan cada día. Porqué no pueden hablar y referir su historia cada una de esas maravillas firmadas con los nombres de Tahan, Barbedienne, Osmont y Froment-Meurice! Este estudiante diría: «yo represento un duelo, y la mano que me puso aquí está encerrada en la tumba.» — «Nosotros somos el símbolo de un suicidio, exclamarían esas copas de oro cinceladas, y quien nos compró murió dejando un millón de deudas.» — «Nosotras, añadirían esas pequeñas estatuas únicas en su género, nosotras somos un drama representado en el tribunal del crimen, un litigio de divorcio, un nombre ilustre arrastrado por el fango y escarnecido por el público.» — Todos estos objetos son mudos para los oídos, pero hablan al alma y á la razón. Allí nada hay oculto: todo se vé, todo se admira, y si no se palpa todo es por cierta especie de respeto á las cosas verdaderamente bellas. Aquello es la vida, palpitante y fascinadora, la vida femenil: una vida que se aspira, que se siente en todos conceptos, en todos sus detalles: en los cajones entreabiertos que dejan á la vista olas de encaje y de esquisito lino, en el frondoso ramillete de flores dentro de un jarro chinesco, en las llaves puestas en los muebles, en el reloj de esmalte, incrustado de diamantes, dejado sobre el terciopelo de la chimenea; en la avecilla rara, de extrañas rejiones, que salta y trisca en sus redes de oro: en el libro abierto, novela chistosa que leían en un sofá; en los chapines de seda azul guarnecidos de estrellas de plata abandonados en la alfombra; en el pañuelo olvidado sobre el lecho y que es mas rico que la sobrepelliz de un cardenal. Tal es el templo y el santuario. Si la diosa no aparece en él por el momento, es que está vijilando por sí misma los preparativos del comedor, en donde se reunirán pronto los convidados. Este comedor es digno de las otras piezas del palacio. Es vasto, elevado de techos, suntuoso y sencillo á la vez. Los artesanos tienen ricas pinturas: el suelo está tendido con una alfombra de Aubusson, las puertas con espesas colgaduras, un triple cortinaje en los balcones, las paredes tapizadas con cuero de Rusia: la estancia templada por una estufa é iluminada por una araña original de dibujo holandés, cuyos brazos se ven enguarnecidos de flores y frutas de porcelana, cuya transparencia, frescura y colorido hacen dudar si son obra del arte ó de la naturaleza. En el fondo del comedor hay un aparador con los manjares mas esquisitos del globo. Allí se reúnen dentro de breves instantes los convidados

para entregarse á los placeres de la mesa, pasando despues á jugar, porque la comida no es mas que un simple accesorio. Cosa extraña! Allí vuelvo á encontrar algunas fisonomías que ví en el miserable garito mencionado mas arriba, y es que los jugadores constituyen una sociedad aparte, nada parecida á las otras, comparable sólo á las bandas de perdices acosadas incesantemente por el cazador, las cuales se posan ya en el llano, ya en el otero, ya en el bosque, sin separarse nunca de buen grado y reuniéndose despues de un momento de dispersion. Todo es misterio en la vida, y en mi sentir misterio es sinónimo de placer. ¿A qué, pues, las partidas de juego en casa propia, cuando se tiene toda esta decoración de lujo y de buen gusto? ¿Porqué no se ha de espurgar la sociedad que uno prefiere y dejar, por decirlo así, la puerta abierta á todo el mundo? Porqué esa amalgama de jóvenes y viejas, de feas y de hermosas? El misterio, el misterio, esa es mi excusa! No me vitupere usted. Déjeme saciar mi sed de curiosidad; cuente usted con mi prudencia, con mi fuerza de alma, y crea que los principios inculcados con el ejemplo de mi familia son un escudo que me protege y me liberta de todo daño.»

El joven, que con tal fuego y convicción hablaba, concluyó por fin su discurso.

Confieso que la invocación de los buenos principios, en apoyo de semejante tesis, no habría dejado de escitar en mí una sonrisa, si no la contuviera la inquietud que me sobrecojió por el porvenir de este insensato. Traté nuevamente de hacerle comprender el peligro; pero me tapó la boca con un chascarrillo y se marchó. No le he vuelto á ver desde entonces, sino en la ocasión siguiente.

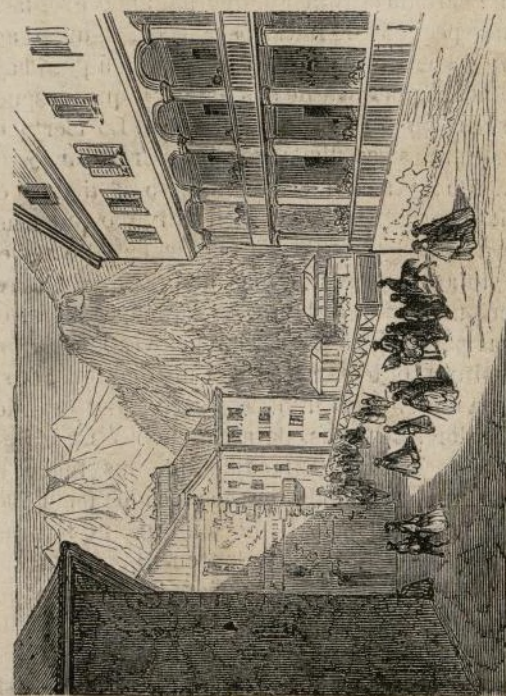
EDUARDO GOURDON.

(Trad. A. de la B.)

#### CORREO DE ALLENDE LA MANCHA.

En mi última crónica, dije á ustedes algunas palabras acerca de la reforma de los sombreros; pero hay otro abuso, mas caro y mas molesto, contra el cual no se levantaria bastante el grito, y que provoca entre nosotros la cólera de los maridos en particular y la de toda la jente sensata en general. Hago alusión á la crinolina, que continúa ensanchándose, si bien ha adquirido hace ya tiempo un desarrollo que parecia imposible traspasar. «El universo es bastante grande para tí y para mí,» decia Sterne al abrir la ventana á una mosca que se habia obstinado contra él. No habría podido decir lo mismo al hablar de las faldas del año de gracia 1860. En dónde se detendrán? Circula el rumor de que, hallándose sentado el mas pequeño de nuestros obispos, en un sarao, entre dos elegantes, desapareció poco á poco bajo los anchos pliegues de sus faldas y que despues no se ha vuelto á oír hablar de él. Lo cierto es que, en nuestros días, un salón parece un campamento; véase allí cierto número de tiendas de varios colores; pero es difícil adivinar qué clase de personas habitan en estas tiendas. Ya se ven obligadas nuestras damas de gran gala á renunciar á los broughams, mezquinos trenes, en cuyas portezuelas desbordan sus vestidos bufantes. Muy pronto se necesitará un ómnibus, ó siquiera uno de esos inmensos carros que usan los exhibidores de fieras, para conducir á un baile á una sola señora. A medida que las faldas se transforman en montañas, los tocados femeninos disminuyen. Si el artículo sombrero no figurase como en otro tiempo en las cuentas de la modista, muchos maridos podrían imaginarse que sus señoras no los llevan ya, pues este objeto del tocado toma cada día proporciones mas microscópicas. Tal es la ley de las compensaciones apli-





Partida de Chamuni.

## VIAGE DE ANNECY A CHAMUNI. — ESCURSION AL MAR DE HIELO.

(Croquis de M. A. Deroy.)



Nevera de los Bosques, vista tomada desde el Sombreiro.



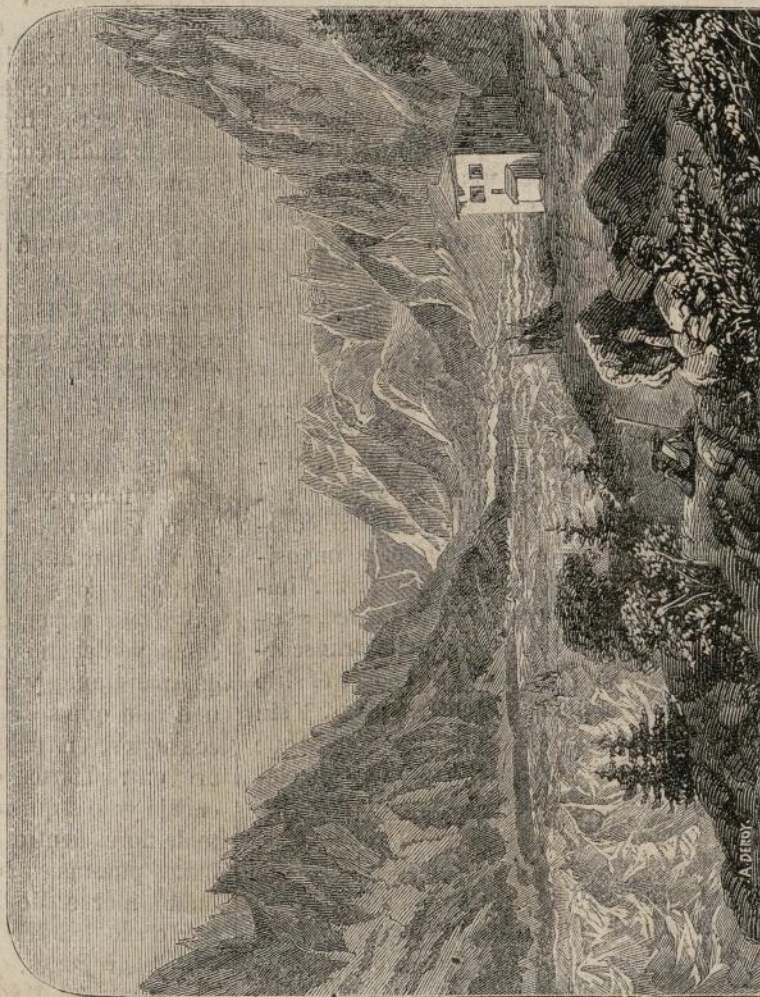
Senda del Mat Paso.



Cascada de Chède en el camino de Sallanches á Chamuni.

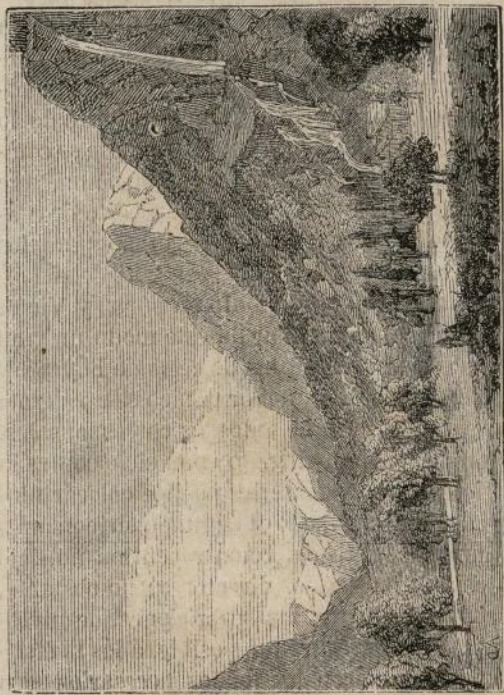


Descenso de Planprat al través del pasillo de nieve.

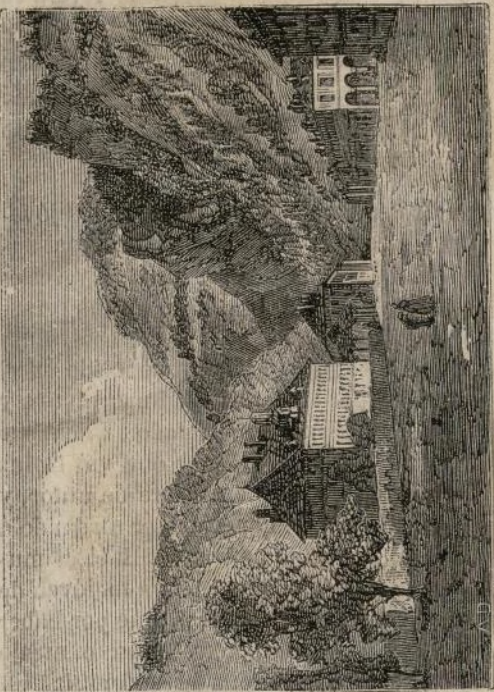


Mar de Hielo, vista tomada desde Montaverts.





Cascada de Arpenas en el valle de Mooland, entre Cluses y Sallanches.



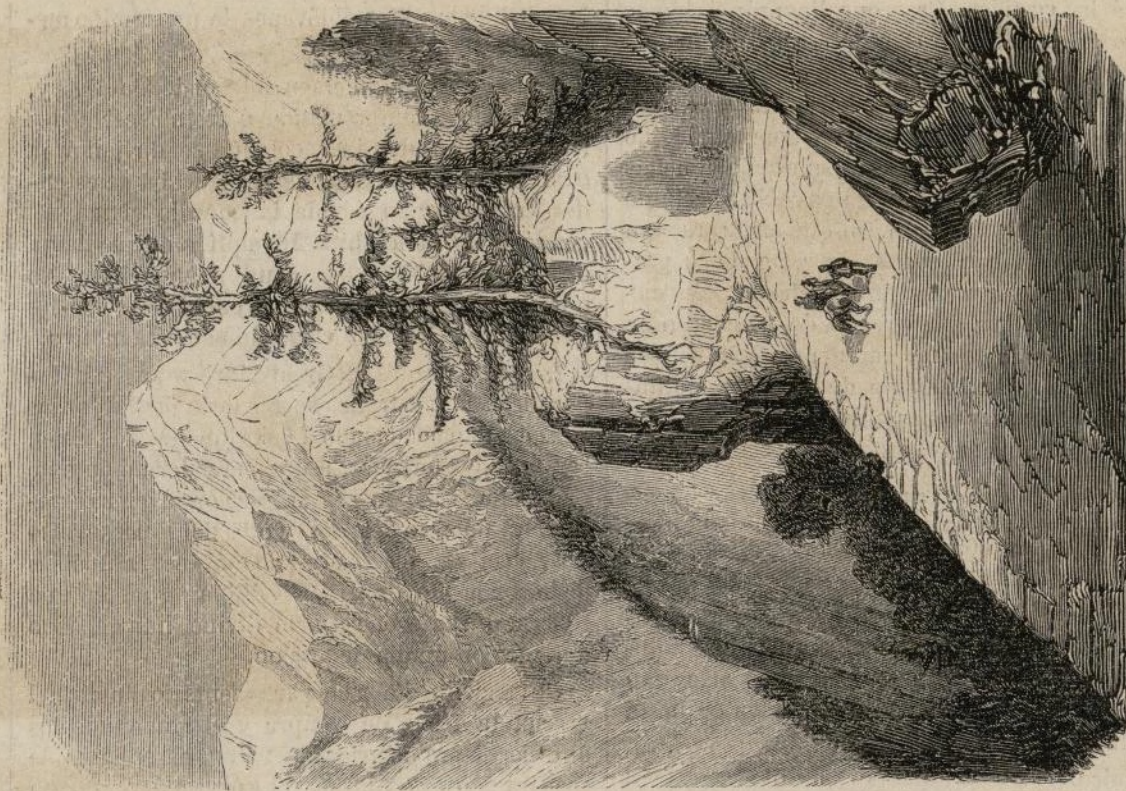
Vista de la Escuela de relojería en Cluses.



Vista general del valle de Chamuní, tomada desde el pueblo de los Plans.



Ascesion á las Grandes-Mulas, estación nocturna para los turistas que suben al monte Blanco.



Camino de Sallanches á Chamuní sobre el puente de Pelissier.



Vista general de Sallanches.

PRINCIPALES PUNTOS DE VISTA DE LOS PAISES VISITADOS EN SABOYA  
POR SUS MAGESTA DES.



cada á los vestidos. Creo que llegarán á tomar dentro de poco, nuestras señoras el consejo que las da una chistosa caricatura de nuestro charivari inglés, — es decir, que hagan llevar detrás de ellas el sombrero por un criado. Comprendo que sean de la misma opinion que su espejo aquellas á quienes éste dice que tienen una cabeza bastante bella para ocultarla; pero, porqué mostrarse tan disimuladas cuando se trata del resto de su persona? Creeríase que tienen empeño en convencernos de que la parte inferior de su cuerpo ha tomado la forma de una campana. Pido que se organice un regimiento, no de *riflemen* voluntarios, sino de pregoneros públicos que anuncien á toque de trompeta la siguiente proclama:

« Toda señora que se oculte en lo sucesivo bajo una crinolina exagerada, se la tendrá por de piernas torcidas y de piés á lo Gargantúa, sin que la sea permitido exhibir las pruebas de lo contrario. »

La fiesta dada en los Surrey-Gardens de Londres á beneficio de la viuda de Jullien, ha producido mas de 25,000 francos. Anúnciase otro gran concierto en el *Rotundo* de Dublin, cuya orquesta será dirigida por el príncipe Galitzin.

El oficio de don Juan tiene sus placeres, pero á veces tambien hace pasarmalos ratos. Un jóven Lovelace de Liverpool habia tenido la ocurrencia de cortejar á varias hermosas á un mismo tiempo; una de sus víctimas, que cree que el amor es cosa demasiado seria para permitirse las *flirtations*, ha zurrado al culpable en plena calle y en pleno rostro. El mozo, al cual sin duda el dolor hacia perder la cabeza, levantó la mano contra la Lola Montes británica; pero un caballero de pró, testigo de la escena, se apresuró á volverle en sí con una de esas vigorosas puñadas á lo John Bull que escitaban la admiracion de vuestro Beranger. Una jóven compasiva se apresuró á buscar una provision de hollin y de harina con los cuales embarró las megillas del traidor, só pretexto de hacerle un servicio ayudándole á ocultar su vergüenza.

Un anciano de ochenta años, James Cooper, que sirvió al emperador Napoleon I en Santa-Elena en calidad de cocher, reside en este momento en la ciudad de Plumstead, en donde se habria visto reducido, como lady Lorraine, á entrar en el *Work-House*, si algunas buenas almas no hubiesen socorrido su miseria.

La tentativa que se ha hecho para poblar los rios de la Australia y de la Tasmania de pescados europeos, no ha tenido buen resultado. A consecuencia del mal tiempo, el buque á cuyo bordo se hallaba un *vivarium*, que contenia treinta mil salmones microscópicos, ha hecho una travesía de un tiempo enteramente escepcional, y no se hallaba provisto de suficiente cantidad de hielo para mantener el agua del receptáculo á la temperatura necesaria. Se ha gastado pues mucho dinero y trabajo inútilmente; pero la esperiencia adquirida demuestra que el proyecto es realizable, y, si se la renueva, se tomarán mejores medidas.

Los organizadores de los *midnight meetings*, de que ya he hablado á ustedes, prosiguen su buena obra, para la reforma de las demasiado numerosas desgraciadas que infestan las calles de Londres. Han tenido siete « reuniones de media noche » en Regent Street, una en Southwark, dos en Enston Road, una en Islington, una en Bishopsgate Street, mas dos *meetings* especiales para las Francesas. Mas de dos mil jóvenes han respondido al llamamiento de los misioneros; ciento ochenta de ellas han sido recibidas en los diversos asilos que acaba de abrirlas una caridad bien entendida; veintiseis han sido devueltas á sus padres; una ha sido enviada á New-York; diez y ocho han sido colocadas, y cuatro se han casado.

La edad de las dos mil jóvenes da un término medio de *veintidos años*!

A propósito de *riflemen*, el conde de Derby, que se habia comprometido á restablecer todos los voluntarios de Liverpool que se dirijan á la gran revista del 1º de setiembre, acaba de estender su invitacion á toda la guardia cívica del condado de Lancashire. Hé aquí lo que se llama dar la hospitalidad como un gran señor. No querria yo tener que pagar la cuenta de todos los barriles de ale que se vaciarán con este motivo.

Los magistrados de Great-Marlow parecen tener ideas muy estrañas acerca de la justicia: dias pasados han condenado á veintiun dias de prision con trabajos forzados, á un mercader ambulante que habia vendido con infraccion á cierto tratado un número del *Star* y otro del *Family-Journal*; y el dia siguiente, dos jóvenes, culpables de haber hecho una razzia de paraguas en una iglesia, durante el servicio divino, han quedado á mano con un dia de prision.

Un reciente informe parlamentario publica el precio, la fecha de compra y el nombre de los anteriores propietarios de todos los cuadros de nuestra *National Gallery*. El guarismo representa un total de 4.612,625 francos. Un Pablo Veronés figura por 341,250 francos. El núcleo de nuestra coleccion nacional ha sido comprado por junto, en 1824, á M. Angerstein, en 1,425,000 francos. Entre los treinta y dos lienzos de esta compra se encuentra la famosa série del *Matrimonio á la moda* de William Hogarth. En 1843, se añadieron otros diez y nueve, entre los cuales una *Santa Catalina* de Rafael, el *Baco* y *Ariana* del Ticiano, el *Mercurio dando una leccion de lectura al Amor* del Corregio, y un *Ecce homo* comprado por 277,500 francos al conde de Londonderry. En el mes de noviembre de 1843, sir Ch. Eastlake fué nombrado conservador de la galeria, y bajo sus auspicios se han hecho las compras siguientes: *El juicio de París*, 200,000 francos; *la Vision del caballero*, de Rafael, 26,250 francos; *la Adoracion de los pastores*, de Velázquez, 51,250 francos; la coleccion de Kruger, una parte de la cual fué vendida despues en 70,000 francos; los treinta y un cuadros de la galeria Lombardi Baldi de Florencia, 193,875 francos; y finalmente, en 1860, los cuarenta y seis lienzos de la galeria Beaucousin, de Paris, 230,125 francos.

Al terminar, señalaré á ustedes una obra llena de interés, cuya segunda edicion acaba de publicar el librero James Blackwood, si bien la primera no data mas que de algunos meses: *The seven sisters of sleep*. « Las siete hermanas del sueño, historia popular de los siete narcóticos á los cuales recurre el hombre, » por M. C. Cooke. El autor ha tratado su asunto como poeta y erudito. Su libro lleva por epígrafe los versos de Woodworth: « Cuántos sois? les dije. — Maestro, somos siete para crear en provecho del hombre los goces perdidos del Paraíso. » Esta vez tengo que anunciaros otra traduccion, la de la demasiado famosa *Fanny* de M. Feydeau. El editor, quien por otra parte no publica mas que novelas por el estilo de: *la Dama de las Camelias*, anuncia que la obra ha sido traducida de la vigésima edicion, si bien los bibliófilos franceses no conocen mas de diez y nueve, lo que es ya bastante, en mi juicio. Me parece que el traductor no ha comprendido el original, si se ha de juzgar por el segundo título que él inventa: *Fanny, ó las revelaciones de un alma de mujer*. Ahora bien, paréceme que, si esta novela es una revelacion de alguna cosa, son las emociones de un amante adúltero, y por consiguiente la de un *corazon de hombre*, lo que el autor ha querido pintar. *El reclamo* que acompaña al anuncio dice que « este libro interesa igualmente á la mujer, al marido y al

amante; » creo que interesa sobre todo al marido, quien no deberia permitir que le leyera su señora.

WILLIE PICKWICK.  
(J. R.)

#### CRÓNICA DE TRIBUNALES.

Triste é instructiva es la historia de dos jóvenes y nobles escritores á quienes el Tribunal superior acaba de devolver á la libertad y serios trabajos, despues de haber sufrido largas persecuciones correccionales.

El conde Eugenio de Civry es conocido en el mundo literario por varias obras importantes, y principalmente por su libro titulado: *El ejército francés, su mision y su historia*, que vió la luz publica el año de 1852, sin nombre de autor, y que mereció entonces el honor de ser atribuido á la pluma de un augusto personaje. Hablóse mucho en otro tiempo de su enlace con una jóven de sangre real, con la princesa B..., que por haber abjurado los errores del protestantismo, atrajo sobre sí las iras y el abandono de su familia. Un hermano del conde, Víctor de Civry, se grangeó tambien los sufragios de la prensa religiosa por sus escritos, en donde la fé mas pura viene á prestar relieve y vigor á los estudios históricos de suyo interesantes.

En 1856, M. Víctor de Civry concibió el proyecto de fundar, con el título de *Empresa de buenas lecturas para la Juventud*, una publicacion honesta, eficaz y popular, que debia inculcar en las clases desvalidas doctrinas sólidas y sanas, presentadas bajo una forma halagüeña.

Un semanario ilustrado, al precio de 5 francos anuales, publicado en un principio con el nombre de *Correo de la Juventud*, y mas adelante con el de *El arco-iris*, fué la principal palanca que dió impulso á la obra, y merced á la aprobacion y al activo apoyo de los obispos y arzobispos, logró muy pronto un imprevisto número de abonados.

He aquí de qué manera se hacian las suscripciones: los señores de Civry, bajo el elevado patrocinio que dijimos mas arriba, se presentaban á los curas, á los gefes de las comunidades, á las superiores de los conventos, á las directoras de colejos, á los hermanos de las escuelas cristianas, etc., y ofrecian á estas jentes piadosas una ó varias séries de veinte abonos, representados por otras tantas papeletas que éstas se encargaban de distribuir entre sus conocidos. En cambio de las séries de papeletas, el adherente, que tomaba el título de *fundador honorario*, firmaba á la orden de los Directores de la Empresa un pagaré á tres ó cuatro meses de plazo. La Empresa le descontaba el tanto por ciento del interés correspondiente á esta especie de anticipo y le reembolsaba despues de cierto tiempo la parte de lo que no habia podido colocarse. Fácilmente se comprenden las ventajas de esta combinacion, que aseguraba al periódico un medio expedito de realizar numerario sin el menor perjuicio para los suscritores.

Marchaba el negocio viento en popa, y Víctor de Civry acababa de afiliar de este modo un gran número de abonados en las diócesis de Bayeux y de Lisieux, cuando un terror pánico se apoderó á la vez, segun parece, de todos los correspondientes. Pusieron de consuno el grito en el cielo contra la suscripcion, alegando no serles posible colocar ninguna papeleta de abono y negando su concurso á la Empresa. Esta defeccion repentina no dejó de chocar un tanto á los directores; no obstante, anularon sin chistar las suscripciones, devolvieron cuantos pagarés les fué posible á los firmantes, ó les remitieron los fondos necesarios para saldarlos al vencimiento. Mas á pesar de toda su



diligencia, no estuvo en sus manos satisfacer todas las exigencias apremiantes. De aquí las quejas de los interesados y la alarma del Tribunal, viéndose los señores de Civry objeto de una doble y grave acusación de estafa y de abuso de firmas en blanco, y aun llegó el caso de poner preso á M. Víctor Civry.

El cargo de estafa se desvaneció al punto, conocida la índole é importancia de la Empresa de buenas lecturas.

Mas el otro delito pareció desde luego mejor fundado. Los sacerdotes, las religiosas, los superiores de la comunidades, las directoras de los colejos declaraban con cierta especie de unanimidad que nunca habian estado en la creencia de que firmaban un pagaré, que en su concepto sólo habian firmado un recibo de papeletas de abono y que se habia abusado de sus firmas.

En vano respondian los señores de Civry: El error es imposible: lo mismo se ha practicado en Bayeux y en Lisieux que en todas partes, sin suscitar nunca la menor queja. Nuestros prospectos consignan clara y lealmente el modo de llevar á cabo la suscripción. Nuestros pagarés dicen á la letra: *Tal día, pagaré á la orden de...* La mayor parte de nuestros abonados han escrito de su puño: *Bono por tal cantidad.* ¿Cómo hubieran podido figurarse que firmaban un simple recibo? ¿Cómo se hubieran podido equivocar los religiosos que no firmaban sin la afluencia expresa de sus superiores, ni las monjas que lo efectuaban detrás de las rejas, preservadas de cualquier sorpresa? Ha habido tambien quienes solicitaron y obtuvieron que se les renovase su obligación: ¿é ignoraban lo que traian entre manos? Eso es imposible.

Sin embargo, en primera instancia, fueron tan precisas las deposiciones de los testigos, que el abuso de la firma en blanco pareció patente y el Tribunal condenó á los señores de Civry á prision y multa.

Mas en la apelación, el defensor Lachaud probó con tan abundantes datos la entera lealtad de sus clientes, demostró tan á las claras que los escrúpulos de los piadosos suscritores habian surtido sólo el día en que *El arco-iris* manifestó sus simpatías á la expedición francesa de Italia; evidenció de tal manera, por una parte que los firmantes no habian podido equivocarse respecto de sus obligaciones, y por otra, que á ninguno de ellos se le habia seguido el menor perjuicio, que el Tribunal anuló el fallo de los primeros jueces, y ordenando que fuese puesto en libertad M. Víctor de Civry, absolvió á los dos hermanos de toda prevención.

Reparación tardía! porque la Empresa de buenas lecturas ha naufragado en medio de esta tempestad de injustas acusaciones, y aunque se haya salvado el honor de dos hombres íntegros, no por eso han dejado de perder el fruto de sus vigilias, y de su laudable tarea.

Voltaire, admirando las grandezas de un imperio naciente, exclamaba el siglo pasado:

*Hoy la aurora de luz brota del Norte!*

M. Godillot es la antítesis de este pensamiento, y desde sus almacenes del *boulevard des Capucines*, derrama á torrentes las candelillas, los vasos de color, y los faroles chinoscos sobre aquellos oscuros blasfemos. M. Godillot toma á su cargo las iluminaciones de San Petersburgo. La Babilonia del Norte no hubiera podido celebrar la mayor edad del gran duque heredero del trono de todas las Rusias en el concurso de este cosmopolita empresario, de regocijos públicos oficiales.

Tal es la base del presente litigio. El conde de Schonwaloff, en persona, edecan de S. M. el emperador de Rusia, encomendó á Alexis Godillot el cargo de dar brillo al entusiasmo moscovita hasta la suma de 177,600 fr.

Los lectores comprenderán sin esfuerzo que el litigio nada tiene que ver entre Godillot y sus ilustres parroquianos: el primero entiende demasiado su negocio y los segundos están acostumbrados á pagar bien, para que ninguna dificultad pudiese nacer entre ellos. La iluminación fué espléndida.

Mas apenas se apagaron las luces y se satisfizo su importe, cuando M. Massonneau, francés establecido en San Petersburgo, se presenta á Godillot reclamándole el 10 por ciento del precio total de las iluminaciones, á título de intermediario.

Godillot hizo oídos de mercader. ¿Qué tenía él que ver con la comisión, ni con el intermediario? Si la Rusia se ha dirigido á Godillot, no ha tenido mas razón que la fama del grande, del ilustre Godillot: el trato fué de potencia á potencia: nada tiene que hacer allí M. Massonneau, ni que pensar en comisión.

Desgraciadamente, el ingenioso artífice habia olvidado cierta carta que escribió á Massonneau, en la cual se hablaba del 10 por ciento. Verdad es que Godillot no le prometió sino de los trabajos que se le encargasen por cuenta del gobierno.

Reconociendo el Tribunal que en las iluminaciones de San Petersburgo el gobierno habia contribuido al entusiasmo general sólo con 46,000 fr., no ha concedido al demandante mas que el 10 por ciento de esta suma.

EL CIRINEO.

(Trad. A. L. de B.)

#### LAS MUJERES BEODAS, por Ary Scheffer.

La familia de Ary Scheffer ha tenido la generosa idea de hacer una exposición de las obras del maestro, consagrando el producto de las entradas á la Asociación de los artistas. El público se ha mostrado muy solícito. La estimación, la simpatía y la admiración de que gozaba el gran pintor durante su vida, le han acompañado mas allá de la tumba. Esta exposición era necesaria, por otra parte, para hacer apreciar bien la grandeza y la variedad del talento de Ary Scheffer. De una naturaleza escesivamente impresionable, estuvo colocado durante su vida bajo la influencia del antiguo maestro á quien habia estudiado últimamente; así, la *Francesca di Rimini* fué pintada evidentemente á la manera del Ticiano, el *San Agustín* tiene la luz de Rafael, y así de los demás. Damos hoy á nuestros lectores la reproducción de uno de sus lienzos mas notables, *Las Mujeres beodas*. Este cuadro fué pintado en el momento de la guerra de Grecia, cuando una grande agitación movía á las artes profundamente, en la época en que se revelaba la escuela colorista. La gran sensación que produjo esta página no fué efímera, y el nuevo triunfo que ha obtenido, por decirlo así, este año prueba cuán fundada era la reputación de Ary Scheffer.

LÉO DE BERNARD.

(J. R.)

WA-HINA.

#### El magnetizador de serpientes.

(Continuación.)

Me encontraba de vuelta en Panamá, después de haber visitado á California, Méjico, el Ecuador y el Perú. Algunos amigos cariñosos me recibieron en aquella ciudad á la cual llegué moribundo, y si mis huesos, ó mejor dicho mis cenizas porque la cremación está allí en uso, no descansan hoy en el frondoso cementerio llamado Cocogrove, á ellos solamente se lo debo. Piron, Bareati, Auten-

rieth y usted, mi buen doctor Barbé, cuya solitud é inteligencia me salvaron la vida, á quienes al muerte arrebató ya en medio de la juventud y de un rico porvenir, permitid que tribute esta memoria de reconocimiento sobre vuestra lejana tumba.

Aunque la ciudad de Panamá es muy concurrida de viajeros de todas las naciones, y principalmente de Americanos, tal vez por esa misma razón, es una ciudad triste y monótona. Allí se apodera del alma el fastidio, en términos que no creo exista en el mundo una localidad en donde la *nostalgia* haga mayores estragos. Una prueba de esta consunción moral se nota en la curiosa afección de la raza blanca hacia cierta clase de acontecimientos que se ven de cuando en cuando, como el combate de los salteadores con la pequeña leñon indígena protectora de los *arrieros* que transportan dos veces al mes el oro de California desde Panamá á Cruzes; ó algun *pronunciamento* que pone sobre las armas al pueblo de Nueva Granada para derrocar á un gobierno enriquecido y sustituirle con otro que necesita calzarse las botas. Entonces Santa Fé, Cartagena, Panamá, se convierten en otros tantos focos de agitación, y las autoridades se ocultan en sus casas al abrigo de las barricadas. A las ampulosas diatribas, que penetran en los domicilios particulares como llovidas del cielo, suceden en los clubs y en las plazas los discursos mas exaltados y retumbantes, en los que se exageran las glorias nacionales, las victorias conseguidas por un hombre aislado contra un ejército formidable, y se invoca á la Providencia á fin de que pronto, de un solo golpe, confunda y esterminie á los que no presten su asentimiento al preopinante. Lo mas frecuente, cuando hay disidencia en el auditorio, es zanjar la cuestión con el auxilio de la navaja *bowie*, ó del *machete*, desdeñando por menos ventajosas las armas de fuego, de que no se pueden servir con eficacia sino después de haber marrado varias veces el tiro.

Al principio de la calle de Mogador habia una botica franco-alemana, dirigida por un médico, joven, de gran corazón, de un mérito singular, á quien llamaremos Ludwig: allí acostumbrábamos á reunirnos al declinar la tarde cuatro ó cinco franceses, no ya para charlar, sino por ver pasar... á los transeúntes. — Era un club al aire libre.

Frente por frente habia tambien otra botica regentada por un Americano. Un boa *constrictor* y otras tres serpientes venenosas, entre ellas la de cascabel, encerradas en sus jaulas de hierro, adornaban la delantera de esta botica. Su parte interior, cuya puerta estaba siempre abierta, presentaba á la vista una serie de estantes cargados de soberbios potes de loza y de cristal con rótulos abreviados, de letras doradas en griego y en latín no muy inteligibles para el americano, puesto que un día indicó como pocion una fuerte dosis de cantáridas, prescrita aquella por el médico para sinapismos en el abdomen. Una hora después el enfermo (era un cólico) se las habia tocado hacia el otro mundo.

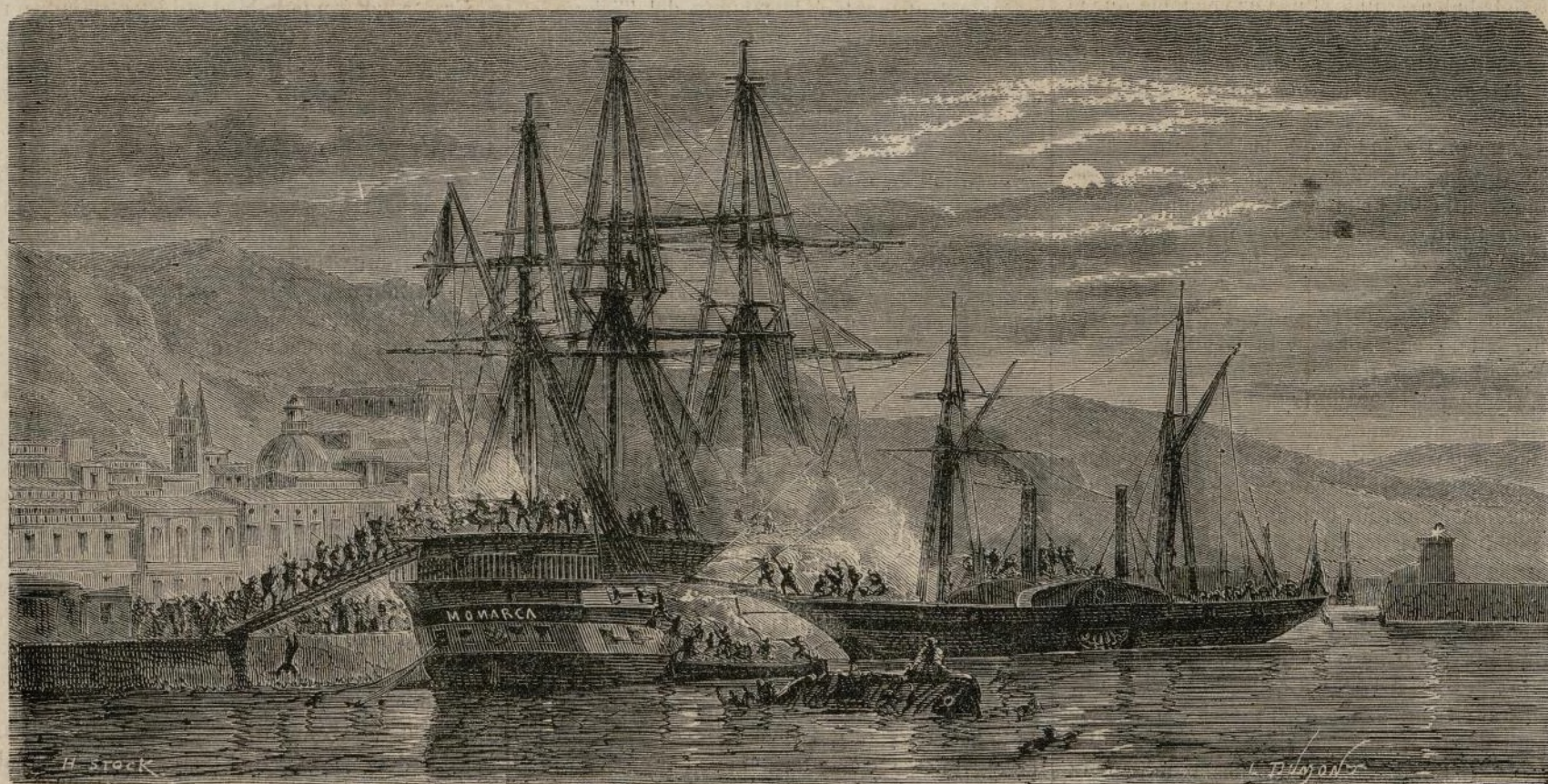
« *Good fellow*, respondía el americano á los que » le reconvenían por su *quid pro quo*, me pidieron » á la vez polvos de cantárida y flor de malvas: » las dí, me las pagaron y el enfermo ha hecho el » uso que ha querido: si se murió, buen provecho.»

Todos los sábados, al anochecer, veíamos venir por la puerta del *Arrabal* y pararse delante de la botica del Americano, á un negro con una pierna de palo, arreando á un pollino flaco, ético, cargado con cestos, y seguido de un javalí. Al pasar este cortejo por delante de nosotros, exalaba siempre emanaciones nauseabundas, en las que





Voluntarios venecianos y carabineros genoveses. (Conforme á una fotografía de M. Bellardet.)



Ataque del buque napolitano el *Monarca* por el *Tuckery*, antiguo *Veloce*, en el puerto de Castellamare. (Cróquis de M. Bellardet.)





Exposición de las obras de Ary Scheffer — *Las Mujeres brutas*.



dominaba el amizcle y el amoniaco, que tardaban mucho en evaporarse.

El negro tenía una fisonomía repugnante: sus ojos eran negros, empañados, sin espresion, é inmóviles en sus órbitas como las pupilas de los lagartos. Su espalda, cubierta apenas con una camisa de algodón azul, presentaba unas formas atléticas. Su pierna derecha, que dajaba al aire un pantalon corto, usado y andrajoso, parecía llena de músculos y vigor; pero la izquierda, desde la rodilla abajo, se terminaba en un fuerte pedazo de madera con una bola de hierro.

El jumento era flaco y raquítico y su pellejo sin pelo por algunas partes y acribillado por otras de recientes llagas. El triste animal caminaba con paso lento y melancólico bajo su doble carga con el pescuezo endurecido por un trabajo sin tregua y con ese aire de resignada apatía de los animales sometidos al hombre, como formulándoles su postrer quejido por el exceso de trabajo, por sus famélicos ayunos y por sus penas y castigos inmerecidos.

El tercer miembro de esta sociedad, el jabalí, parecía ser el único intacto y completo: su luciente pelaje con rayas oscuras le daba cierta semejanza con la cebra: su ojo pequeño, negro, profundo y cercado de pestañas rectas, lanzaba miradas llenas de travesura y de contento, y su móvil hocico afectaba un aire burlon, casi impertinente.

El hombre llevaba el apodo de *Culebra*.

El jumento el de *relámpago*, tal vez por anti-frásis.

El jabalí respondía al nombre de *pistacho*.

Todos acudieron con sus manos á las narices cuando asistí por primera vez á este desfile.

— Eh! *Culebra*, dijo uno de los que estaban conmigo, cuando el negro despues de dejar su carga en la botica del Americano, volvió á pasar por delante de nosotros, ¿tienes algo que enseñarnos?

— ¿Quién sabe? — nos contestó una voz dulce y casi femenil que contrastaba singularmente con su aspecto baronil y membrudo ¿cuánto me dan ustedes?

— Dos reales y una copa de *gin* por añadidura, si quedamos satisfechos, respondió el interlocutor.

— Dos reales son poco para un pobre tullido como yo, repuso el negro, enseñando su pierna de palo: déme cuatro y les enseño lo que no han visto ni volverán á ver jamás.

— Vaya por los cuatro reales, replicó uno, y enseñanos esas novedades.

— Y mi copa de *gin* también?

— Ahora mismo, si quieres.

— No, ahora no, despues, despues, continuó el negro.

*Culebra* metió la mano en su camisa y sacó un taleguito de cuero, cuyas correas se puso á desatar. Apártense ustedes á un lado, añadió, corre riesgo la vida del que se me aproxime demasiado; y al mismo tiempo sacó del taleguito una serpiente pequeña que tenía cojida por la extremidad de la cola. El reptil tenía de doce á quince pulgadas de largo, cuerpo de color de rosa pálido, con rayas de violeta, se irguió de repente y silbando con furia, echó su cabeza atrás como para arrojar-se sobre el negro; mas éste se contentó con mirarla fijamente y pocos segundos despues, el coral, porque era de esta especie, como fascinado por aquella mirada de plomo, cayó sobre sí misma escondiendo la cabeza entre sus espirales. Entonces *Culebra* aproximó insensiblemente el reptil á su boca, en la cual concluyó por introducirle, continuando en tenerla cojida por la cola.

Al retirarla un instante despues, la serpiente parecía estar privada de sentido y se quedó inerte, colgada de los dedos del juglar.

— ¿Qué tal, señores? — nos dijo, — quién de ustedes se atreve á hacer otro tanto?

— Pardiez, yo! — respondió el médico L... que había llegado al final de la fiesta.

— No se acerque usted! — dijo *Culebra*, si la serpiente le muerde ahora, antes de dos horas está usted en el otro barrio. No quiere usted creerme? Se le figura á usted que el coral no tiene dientes? Mírelos, mírelos.

Y al mismo tiempo dió un par de capirotaños en el cuello de la serpiente, la cual dió un bostezo y nos mostró sus fauces herizadas de sus puntas venenosas, móviles, abiertas, con unos tubos capilares, cuya base corresponde á las vejigas de veneno que por la contraccion de los nervios maxilares se levantan perpendicularmente á las encías cuando la serpiente abre sus fauces para morder.

Todos nos conservábamos á una distancia respetuosa, y yo el primero, por el invencible horror que siempre me ha inspirado toda la raza de reptiles.

— Es todo lo que tienes que enseñarnos? — preguntó Ludwig al negro, mientras que éste volvía á anudar los cordones del saco en que estaba presa la serpiente.

— Aquí tengo otro animal mas adestrado y digno de la admiracion de unos hombres tan entendidos como ustedes; pero, señores, yo soy un triste tullido y tengo muchas cargas que sobrellevar, y sino, ahí están el pobre *Relámpago*, *Pistacho* y mis discípulos. Vaya, déme ustedes otros cuatro reales.

— Concedidos los cuatro reales, contestamos todos á la vez.

— Entonces es preciso que me dejen ustedes entrar en el patio, porque el animal es grande y se echaría encima *Pistacho* si le viese.

— Entra en el patio, — dijo Ludwig, y mientras nos das tu representacion, se echará de comer al jumento y al jabalí. Toma, ahí van adelantados los cuatro reales.

Un gesto de satisfaccion dilató las repugnantes facciones del negro: se acercó á su acémila, sacó de una de las banastas un gran cajón de mimbre de forma circular, con un pandero y un palillo y además un silbato de bambú taladrado con tres agujeros.

Colocó la caja en el suelo del patio y se sentó algunos pasos mas atrás con las piernas cruzadas á la guisa oriental, recomendándonos que permaneciésemos á cierta distancia y que ni hiciéramos ningun movimiento, ni habásemos una sola palabra mientras durasen sus ejercicios.

Prometimosle, pues, inmovilidad y silencio.

*Culebra* sacó de la boca una cosa que estaba masticando hacia un rato, y sin que nadie pudiese distinguir lo que era, la guardó en el bolsillo de su pantalon; pero el médico L..., que seguía con la vista todos sus movimientos, nos dijo al oído que debía ser ó *guaco* ó *gombo-amizcle*, ó cualquier otro preservativo infalible contra las mordeduras de serpiente. Entre tanto, el negro, tomando su flautin, produjo dos ó tres notas muy dulces. A la primer llamada, la cesta respondió al parecer, con un leve estremecimiento sin mas novedad. *Culebra* dió otras dos notas mas sonoras, sin que nada se notase todavía. Pero al tercer sonido prolongado y seguido de un golpe en el pandero, la cubierta del cesto saltó y una enorme serpiente amarilla, salpicada de manchas negras, salió como por un resorte de acero del centro de la caja, con el cuello cubierto como el de un cisne, y balanceando hacia el negro que acercaba y retiraba alternativamente el puño, su cabeza chata y triangular, parecida á la punta de una lanza. Era un trigonocéfal, serpiente tan peligrosa como la de cascabel. Tenía de larga mas

de seis piés y la mitad de su cuerpo era del grosor de un brazo.

Durante algunos momentos, la serpiente se mantuvo erguida sobre la parte inferior de su cuerpo, con la cabeza oscilante á cinco ú seis pulgadas del puño de *Culebra*, como atraída por el iman.

De repente cesó la música, el puño del negro se inclinó á la tierra y la serpiente volvió á caer en el fondo de su caja enroscada sobre sí misma y con la cabeza enhiesta en el centro de la voluta descrita por sus espirales, como si esperase alguna orden todavía.

*Culebra* hundió la mano en el bolsillo de su pantalon, sacó un puñado de granos de maiz y los derramó por el suelo: « Ven, — dijo á la serpiente, — dando un golpecito en su pandero, límpame esa broza. » Al punto vimos á la serpiente desarrollar sus anillos, alargar el cuerpo, ponerse de pié en el sitio en que estaban esparcidos los granos de maiz, y lanzarlos á derecha é izquierda con un precipitado movimiento de la cola.

Ahora que has sabido cumplir bien con tu obligacion, — dijo el negro, — ven á dar las gracias á tu amo, y al mismo tiempo estendió su brazo hacia la serpiente, la cual se escurrió con lentitud por todo lo largo de este apoyo y vino á enroscarse en el cuello de *Culebra* y á acariciarle el rostro con su lengua en forma de horquilla.

Despues de habernos dejado contemplar unos instantes este cuadro aterrador, *Culebra* cojió mansamente la cabeza del reptil, desarrolló con precaucion el triple collar que ceñía su pescuezo, la colocó en el suelo, en donde quedó tendida, sin movimiento, y como rendida de los ejercicios que acababa de ejecutar: luego el magnetizador se levantó, cojiendo por el cuello á la serpiente, cuya cabeza pasaba la suya y cuya cola arrastraba por el suelo, y finalmente, la volvió á colocar en su escondrijo, arrollándola con cuidado sobre sí misma, como se enrolla un cable en el puente de un buque, poniendo encima la tapa.

— Creo, señores, — nos dijo entonces, — que deben ustedes estar satisfechos, y que darán alguna cosa mas al pobre tullido.

— Sí, con tal que nos enseñes lo que guardas en los bolsillos, respondió el médico L... Debe ser una gran cantidad de *guaco*, añadió volviéndose á nosotros. Tenía la boca llena cuando empezó sus ejercicios. El *guaco*, señores, es el antidoto mas enérgico del veneno de la serpiente: los indios le usan con toda eficacia contra las mordeduras de la de cascabel: basta á veces con restregarse ó mascarle para que en vez de morder, los reptiles mas temibles caigan al punto en ese estado de impotencia física ó de letargia, del que hemos visto dos ejemplos hace poco. Van ustedes á ver cómo no me engaño.

*Culebra* metió sin vacilar sus manos en los bolsillos y sacó un pedazo de pañuelo en que estaba envuelto su dinero, varios granos de maiz y algunas hojas secas que reconocimos ser de tabaco.

— No tienes otra cosa? — preguntó el médico.

En lugar de responder, el negro volvió hacia fuera el forro de sus bolsillos, en los cuales no quedaba nada absolutamente.

— Hum! — murmuró el galeno muy lejos de quedarse convencido. En mi juicio ese tuno es un hábil prestidigitador: juraría haberle visto sacar hace poco de la boca otra cosa muy distinta del tabaco!

— Toma, — dije al negro añadiendo un par de reales á los que ya había recibido. — Profesores de tu habilidad no se encuentran á dos tirones; pero ¿cómo tienes una pierna de palo? ¿es tal vez la recompensa de tus discípulos?

— Oh! no señor, — respondió *Culebra*, — fué un caiman el que me puso de esta manera.



— Un caiman? — repetí asombrado, — también te consagras á la educacion de los caimanes?

— Los mato, — repuso Culebra con un gesto horrible que pretendia ser una sonrisa, — y el farmacéutico americano me compra las pieles y los saquitos que contienen el buen olor.

— Dejen ustedes que se marche ese mozo, — interrumpió Ludwig, — si no, no acabara de pedir limosna hasta el día del juicio. Vamos, á otra parte con la música! — añadió dirigiéndose al negro, que volvía á empezar su letanía en favor del pobre tullido; — tu jumento y tu jabalí te esperan á la puerta: ya estás pagado, toma tu vaso de *gin* y lárgate.

No esperó Culebra á que le repitiesen la orden: despues de tragar un enorme vaso de *gin*, llamó á su jabalí, que, al ver á su amo, lanzó un gruñido de contento, puso la caja y los instrumentos de música en las cestas del burro y se dirigió cojeando con sus dos acólitos hácia la puerta del Arrabal, por donde desapareció bien pronto.

— Ese es un pájaro de cuenta del que no hay que fiarse, — me dijo Ludwig en cuanto el negro volvió la espalda, — bastantes asesinatos, envenenamientos y robos pesan sobre su conciencia, para que sin forma de proceso se le ahorque con justicia en el primer árbol que se encuentre. El último crimen conocido, y en mi concepto el mas odioso de todos, es el rapto de una joven India, encantadora niña que por mucho tiempo todos creyeron muerta, y cuyo padre desesperado, intentó vanamente, primero poner fin á sus días con un suicidio extraño, entregándose á la voracidad de las fieras, y por último acaba de abandonar el país. Es un drama cuyo desenlace se esconde en los arcanos de Dios. Culebra es un sentenciado, y presiento que si el castigo tarda será algun día mas tremendo y ejemplar.

Iba yo á interrumpir su narracion á Ludwig para pedirle mas estensos detalles, cuando me cortó la palabra con un ademán amistoso.

— Ya sé lo que desea usted saber, — continuó, — pero la ocasion no es propicia: esté usted esta noche, á las nueve, en la muralla vieja, detrás del cuartel y satisfaré entonces ámpliamente su curiosidad.

Acudí un poco antes de la hora á la cita de Ludwig: el sitio en que me encontraba, bañado por los rayos de la luna, tenia todo el aspecto elevado de las grandes ruinas: era una ancha esplanada construida sobre un terraplen elevado que servía, hace dos siglos, á la defensa de la ciudad; pero la muralla que circuye esta obra de fortificacion está arruinada por muchas partes con el sacudimiento de las olas del Océano que en las altas mareas viene á azotarla por la base. La misma esplanada no presenta hoy mas que un monton de escombros cubierto de yerbas, y de veinte cañones que la guarnecian, no quedan mas que cuatro: los demás están hundidos en la arena, al lado de sus cureñas carcomidas, que apenas se ven entre las espesas matas de gramíneas.

Noble y magnífico espectáculo es el de una noche tropical durante la seca estación, cuando la caída del sol deja el campo libre al soplo de la fresca brisa que restituye la vida al cuerpo y al alma su energía. El cielo esmaltado de rutilantes estrellas tendía por la inmensidad del espacio su rico dosel azul, cuya orla mas oscura se confundía con la superficie inmóvil del Océano, y la luna, mecido sobre mi cabeza su plateado disco, hacia centellear, como si fueran espejos, los charcos de agua que al retirarse mansamente dejaba la mar entre las rocas esparcidas á guisa de defensa de las fortificaciones.

Ya no pensaba usted en mí, — dijo Ludwig apoyando su mano sobre mi hombro. No lo extraño. También he venido yo aquí con frecuencia á

rendir mi tributo de admiracion á la naturaleza, para consolarme de la ausencia de mi patria, y como usted me he sumido en la contemplacion, repasando en mi mente melancólicos recuerdos de su pasado. Todo es contraste en este país joven y caduco á la vez. ¿Vé usted allí aquella lengua estrecha en que termina el promontorio? Pues allí fué donde los compañeros de Pizarro y de Balboa echaron los cimientos de la primera ciudad de Panamá: en aquella punta se arboló la primera caravela que se dió al mar para descubrir al Perú. ¿Porqué no me es posible tener por algunos instantes el poder de Dios? Quisiera tornar á la vida á esos aventureros, grandes como los héroes del cantor de la Odisea, volver á levantar esos muros cuyas ruinas atestiguan aun su poderosa grandeza y asistir una hora de mi vida, por la cual daría muchos años, á aquella empresa de Titanes, á aquella pugna gigantesca del hombre contra los desconocidos elementos. Tuvo Horacio el don de ver en el porvenir? Preseñtía quizás á los españoles de Isabel y de Carlos Quinto, cuando dijo que el primer hombre que osó retar á la mar y á los embravecidos vientos tenia en el pecho una coraza de triplicado acero?

Montones de piedras, hé aquí lo que resta de tan soberbio monumento; y de los hombres que le levantaron, apenas una memoria. Compárense esos hombres y esas ruinas con el Panamá de hoy y de sus pueblos traficantes, y véase si encuentran una misera página en el poema épico titulado *la Conquista del Perú*. Vea usted á la izquierda un mercader de especias español, y mas allá, á la derecha, un licorista *yankee*, el primero es incapaz de comprender nada en el mundo que no sea la alza ó baja de sus géneros: el segundo presentará su *revolver* al pecho á cualquiera que le sise un cartillo de los líquidos en venta. Vaya usted á hacer la conquista del Perú, vellocino de oro del siglo XVII, con aventureros de este jaez, uno de los cuales tiene sus dedos manchados de melaza y el otro su cerebro trastornado con los escesos del *gin* y del *whisky*! Los Indios al fin son otra cosa: les quedan algunos restos de audacia, de costumbres hospitalarias y del génio vengativo de sus antepasados. Y á propósito de Indios, tengo que poner en conocimiento de usted el carácter de dos hombres: uno es Culebra: otro cierto Indio de quien se hizo un enemigo mortal y que tarde ó temprano, como el *deus ex máchina* aparecerá en el drama para darle su desenlace.

Culebra no es mas que el seudónimo ò apodo de ese infame tuno que vió usted jugar con las serpientes: es un fugado de los presidios de la América Central, en donde sufría la pena impuesta por sus asesinatos. Algunos hombres poderosos, de quienes era instrumento sanguinario, le libertaron de la horca que tan merecida tiene: tal vez en recompensa de sus servicios le hubieran propuesto para general, á no tener la tez tan oscura. Mas precisado á renunciar á los entorchados, y calculando muy sagázmente que mañana podría encontrarse tal vez con un nudo gordiano por remuneracion de sus hazañas, Culebra tomó el buen partido de abandonar su ingrata patria: pero antes era necesario salir de su duro encierro. Por su dicha habia tenido la precaucion de poner á buen recaudo algunos patrones lealmente ganados con la punta de su navaja y los empleó eficazmente con el carcelero, quien olvidó un día cerrar la puerta del calabozo en que estaba preso.

Vuelto á la libertad Culebra, y hastiado de vivir en las ciudades y en las cercanías de los presidios, demandó hospitalidad á los Indios Walla-Wahoes, quienes á la sazón estaban en guerra con el gobierno de Centro-América, y aprendió allí el oficio de magnetizador de serpientes, á la

vez que el de botánico, porque pasa por un envenenador de primer orden. Culebra hubiera podido contentarse con el lucro de esta doble profesion; pero este animal está dotado de instintos perniciosos que le arrastran ciegamente al crimen. Antojósele, pues, un día reconciliarse con los Americanos del Centro, sus antiguos enemigos, á espensas de los Indios sus amigos nuevos. Verdad es que medió la promesa de una crecida suma de dinero por esta traicion, y logró arrastrar á una gran partida de Walla-Wahoes á cierta emboscada dispuesta de ante mano por las tropas centrales, y allí los Indios fueron horriblemente degollados. Cuando el infame solicitó el premio de su traicion, el gefe que mandaba á los centrales, sin responderle una palabra, se contentó con indicarle con la punta de su espada un nudo corredizo que se balanceaba de las ramas de un árbol. Culebra, con su sagacidad ordinaria, comprendió al instante tan elocuente música y se salvó á fuerza de piernas, porque en aquella época aun conservaba las dos.

Obligado á expatriarse de nuevo, Culebra cojió otra vez su cayado de peregrino y se detuvo en una bifurcacion del Rio-Grande, río que desemboca en el Pacífico, á algunas leguas al norte de Panamá. Es aquel un inmenso desierto en donde muy de tarde en tarde se encuentra algun *ranchito* habitado por cazadores ó por *squatters* americanos que se albergan donde mas les place, sin que los propietarios logren nunca espulsarlos. Culebra se construyó una cabaña en un paraje casi inaccesible, decidiéndose á sacar partido de su antiguo oficio de magnetizador de serpientes y de mercader de yerbas. Viéronle, pues, un día presentarse en el mercado del Arrabal con un surtido de plantas mas ó menos medicinales y una coleccion de reptiles venenosos, los cuales hacian diferentes habilidades, como vimos esta tarde.

Desde entonces, la reputacion de Culebra quedó sentada: los Indios del campo, los hombres de color y hasta los blancos de la ciudad le compraron sus yerbas. Han curado por casualidad á algun enfermo? No lo creo, mas en cambio se ha tenido la evidencia de varios casos de envenenamiento con vejetales que han burlado la ciencia médica, y en los cuales se supone á Culebra cómplice, cuando menos. Nada hubiera sido mas fácil que cerciorarse de la complicidad de este infame charlatan; pero aquí la justicia no informa nunca, á menos que se la obligue á ello. A qué molestarse? Para que salga de su estado de letargia es preciso que la presenten al culpable atado de piés y manos y con las pruebas materiales del crimen.

(Se continuará.)

EDUARDO AUGER.

(Trad. A. L. de B.)

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO).

Beyruth, 24 de agosto de 1860.

Muy señor mio:

Las tropas francesas han desembarcado por fin en medio del entusiasmo general. Mas de tres mil Maronitas las esperaban en la ribera con sus pintorescos trajes de todos los colores del arco-iris. Estas pobres jentes no creían en su dicha. Tendían los brazos á los soldados, y estos se apresuraban á colgar en ellos amistosamente sus mochilas, sus fusiles y hasta sus cartucheras.

— *Bono Francés!* decían los Sirios con ternura.

— *Bono! bono!* respondían con efusion los soldados, desembarazándose de su carga.

Por lo demás, los naturales de este país parecen haber sido cortados espresamente para mozos de cordel. Tienen los piés anchos, las piernas musculosas, los brazos nerviosos, el dorso construido de tal manera que puede recibir una ma-





Desembarco de las primeras tropas francesas en Beyruth. (Cróquis de M. Lockroy hijo.)

leta. Al crearlos la naturaleza, parece haber tomado por modelo al camello: tienen su frugalidad y su fuerza. Cuando llegué á Beyruth, llevaba una enorme caja.— «*Pónla sobre tu mula*, dijeron al hombre encargado de transportar mi bagaje.— «*Es demasiado pesada para ella*, » respondió mi mozo, y se echó el fardo áuestas.

Los húsares y los spahis han desembarcado ayer; hoy lo harán los zuavos. Apenas llegaron los soldados, cuando tomaron el azadon y la pala y comenzaron á los rayos de un sol abrasador, la construcción de un polvorin. Es preciso saber lo que es el sol en Siria para juzgar el ánimo y el buen humor de estas bizarras tropas. Con cincuenta grados de calor, los infantes que llegan del campo de Châlons rodaban el carreton cantando con todos sus pulmones un aire que aspiraba al de la *Reina Hortensia*:

Llegados á Siria,  
Los soldados del 13º  
Han removido la tierra, etc.

Se imaginaria uno difícilmente la sorpresa de los cristianos á la vista de los spahis. Musulmanes formando parte de las tropas francesas!... esto trastornaba todas sus ideas. El aspecto franco de estos ginetes y el modo tan natural como aceptaban el café y el arac, han podido tranquilizar solamente á los Maronitas acerca de las intenciones de estos extraños aliados. Los spahis forman una tropa admirable, sobre todo en cuerpo.

Al momento despues de su desembarco, las columnas han sido dirigidas hácia un bosque de pinos situado en la llanura de Beyruth, á un kilómetro de la ciudad próximamente. Allí está establecido el campo francés. Las tiendas se elevan en medio de los árboles, fijándose en ellos. Gracias al cuidado de la administracion militar y á la solicitud del general en jefe, los soldados se hallan aquí en las mismas condiciones de bienestar que en Francia... esceptuando el calor. La vista que se disfruta desde el campo es magnífica.

La fértil llanura de Beyruth se estiende á su frente: delante descuellla la cadena del Líbano, y de trecho en trecho, apercíbense en la montaña las blancas casas de algunos pueblos drusos.

25 de agosto, á las cinco de la tarde.

Al momento de cerrar mi carta, llega de Damasco un convoy de trescientos prisioneros. Estos acaban de atravesar á Beyruth, con las manos atadas con gruesas cuerdas, y escoltados por un batallon de Turcos. Diríjense á Constantinopla.

Reciba usted, señor Director, la seguridad de mi perfecta consideracion.

E. LOCKROY HIJO.  
(J. R.)

Los directores del *Mundo ilustrado* informan á sus suscritores que pueden suministrarles una encuadernacion ó *pasta móvil*, cuyo sistema sencillo y cómodo permite reunir, en volumen, y á medida que se van publicando, los números del periódico, que entonces no se manchan ni maltratan. Los directores ceden estas *pastas móviles* de tela granada (*chagrinée*) por 6 fr. y de papel de color por 5 fr.

Los suscritores que deseen tener estas pastas móviles pueden pedir las á los señores A. Laplace y Ca, calle de Saint-André-des-Arts, nº 47.

(J. R.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

en  
**MADRID,**

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO  
en

**PARIS,**

calle de S. André des Arts, núm. 47.

Se remite franco de porte el catálogo de las publicaciones de dicho Establecimiento á las personas que desee obtenerlo.

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

#### CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                    |                                                                                     |
|--------------------|-------------------------------------------------------------------------------------|
| ACAPULCO.          | D. A. La Reina.                                                                     |
| AREQUIPA.          | D. Manuel G. de Castresana.                                                         |
| ARICA.             | Sres. Calmann y Riobó.                                                              |
| BOGOTÁ.            | D. Rafael Mogollon y Guzman.                                                        |
| BUENOS-AIRES.      | D. Federico Real y Prado.                                                           |
| CAMPECHE.          | D. F. Jimeno.                                                                       |
| CARÁCAS.           | Sres. Rojas, hermanos.                                                              |
| CARTAGENA.         | D. Joaquin F. Velez.                                                                |
| COBIJA.            | Sres. L. Durandean y Compañia.                                                      |
| CURACAO.           | D. J. Blasini.                                                                      |
| GUATEMALA.         | D. Pablo Blanco.                                                                    |
| GUAYAQUIL.         | D. Luis Abadie.<br>D. Ant. La Mota.                                                 |
| HABANA.            | Sres. Charlain y Fernandez.                                                         |
| HUASCO.            | D. Pedro Vega.                                                                      |
| LA PAZ.            | Sres. Gérard y Comp.                                                                |
| LA UNION.          | D. J. Mendel.                                                                       |
| LIMA.              | P. Bailly.                                                                          |
| MÉJICO.            | Sres. Maillefert y Comp.                                                            |
| MENDOZA.           | D. F. Civit.                                                                        |
| MONTEVIDEO.        | D. Ventura Garaicoechea.<br>D. Federico Real y Prado.                               |
| PUERTO RICO.       | D. Ignacio Guasp.                                                                   |
| ROSARIO.           | Federico Reissig.                                                                   |
| SAN FRANCISCO.     | M. Biesta.                                                                          |
| SAN MIGUEL.        | D. Ant. Blanco.                                                                     |
| STA. MARTA.        | D. José A. Barros y Comp.                                                           |
| SANTIAGO DE CHILE. | D. Pedro Yuste y Comp.<br>Libreria agencia del <i>Mercurio</i> .<br>D. Ramon Morel. |
| SANTO DOMINGO.     | D. A. Bonilla.                                                                      |
| SERENA.            | D. Tristan Daniel Lopez.                                                            |
| PAITA.             | D. C. Lopez.                                                                        |
| TACNA.             | D. Clemente Bartibas.                                                               |
| TAMPICO.           | D. A. Gutierrez y Victori.                                                          |
| TRINIDAD.          | D. W. Carr.                                                                         |
| VALDIVIA.          | D. Tomás de Albarracin.                                                             |
| VALPARAISO.        | D. Santos Torneroy y Comp.<br>D. Nicasio Ezquerra.                                  |
| VERACRUZ.          | D. Juan Carredano.                                                                  |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 15, rue Breda